

CARLOS SANTAMARÍA Y ASCENSIÓN FUMERO

El psicoanálisis ¡vaya timo!



Colección dirigida por Javier Armentia y editada en colaboración con la Sociedad para el Avance del Pensamiento Crítico

Lectulandia

En las cien páginas de la versión impresa, que se leen de una sentada, los psicólogos Carlos Santamaría y Ascensión Fumero se han atrevido a decir públicamente lo que muchos colegas suyos callan: frente a lo que se vende habitualmente, el psicoanálisis es erróneo en su concepto, se da de tortas con todo lo que sabemos de la mente y la conducta humanas. A pesar de lo popular que es el diván, esa imagen del paciente contando neuras y del analista tomando notas más o menos preocupado, resulta una terapia ineficaz. No sirve para lo que afirman que sirve, porque hay quien dice que aunque responda a una visión caduca y errónea de la psique humana, el psicoanálisis, por lo menos, ayuda. Nones. Y, para acabar de golpearlos con la cruda realidad, demuestran que puede ser dañino para la salud (algunos podrían pensar que aun no siendo cierto, ni funcionar, por lo menos no hace mal... pues tampoco).

Comentan los autores: «algunos conceptos del psicoanálisis son tan conocidos como los del cristianismo». Es cierto y vivimos en una sociedad en la que el imaginario incluye esa teoría psicoanalítica según la que los pobrecitos humanos somos víctimas sexuales de las frustraciones que tuvimos cuando éramos tiernos infantes, queriendo matar a nuestro papá y acostarnos con nuestra mamá, o peor aún todas las mujeres sufren deseando ocultamente tener un pene para ser como ellos...

Resulta curioso que Papá Freud siga siendo el personaje que nos viene a la cabeza al pensar en la psicología, aunque haya pasado ya un siglo en el que la ciencia abandonó la elucubración freudiana, afortunadamente. Por más que a Woody Allen le haya servido para escribir películas gloriosas, lo del diván es un timo.

Lectulandia

Carlos Santamaría

Ascensión Fumero

El psicoanálisis ¡vaya timo!

ePUB v1.0

LeoLuegoExisto 07.06.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *El psicoanálisis ¿vaya timo!*
© Carlos Santamaría, Ascensión Fumero, 2008

Editor original: LeoLuegoExisto (v1.0)
ePub base v2.0

—¡Válgame Dios! —dijo Sancho—. ¿No le dije yo a vuestra merced que mirase bien lo que hacía, que no eran sino molinos de viento, y no lo podía ignorar sino quien llevase otros tales en la cabeza?

Introducción

Si a finales del año 2007 buscamos el término «psicoanalista» en las páginas amarillas de Internet, obtenemos 1854 entradas, en comparación con 90 para «astrólogo», 39 para «vidente» y 12 para «adivino». Si usted elige una de las tres últimas categorías, es probable que dé con un profesional que le diga cosas agradables. Por ejemplo, que usted es una persona sensible, que piensa en los demás, que es amante de su familia y de sus amigos, etc. Si, por el contrario, elige acudir a la consulta de un psicoanalista, se expondrá a escuchar las cosas más desagradables sobre sí mismo que haya oído nunca. Por ejemplo, que siempre deseó matar a su padre para poder acostarse con su madre o, si es una mujer, que su vida ha estado marcada por la envidia hacia los varones por no tener pene. En este libro trataremos de transmitirle algo de tranquilidad, pues tanto fundamento científico tienen las afirmaciones psicoanalíticas como las de los astrólogos y videntes. Por tanto, puestos a elegir, si está buscando que le engañen, es preferible acudir a quien le diga que usted es una buena persona.

Empezaremos con un breve resumen de los presupuestos del psicoanálisis, en particular de su concepción más general y aceptada por la mayor parte de los psicoanalistas: las principales ideas de Freud. En el siguiente capítulo aportaremos argumentos contrarios a que las teorías del psicoanálisis sean dignas de crédito. En concreto, intentaremos demostrar que el psicoanálisis no es una disciplina científica, aunque se haga pasar por tal, y que sus principales elementos de doctrina son arbitrarios, cuando no directamente falsos.

El criterio de validez científica usado en dicho capítulo podría ser suficiente para muchos para desechar el psicoanálisis, pero podría resultarle demasiado estricto a un lector más indulgente. En efecto, alguien podría pensar que, aunque los presupuestos del psicoanálisis no provengan de la investigación científica, o incluso se basen en fenómenos inexistentes, la práctica psicoanalítica podría tener alguna utilidad. Es decir, que hurgar en la mente de las personas en busca de ocultos y desagradables pensamientos probablemente ficticios puede tener una utilidad terapéutica o de otro tipo. Veremos que esto no es así: el psicoanálisis, además de erróneo, es ineficaz.

Aunque esperamos que el lector esté de acuerdo con nosotros en estos puntos — en resumen, que el psicoanálisis es una disciplina pseudocientífica y sin aplicación práctica—, podría pensar no obstante que, aunque el psicoanálisis no sea una disciplina científica, contenga una buena proporción de elementos falsos y carezca de utilidad, tal vez no haga daño a nadie. El último capítulo tratará de minar dicha condescendencia presentando algunas de las consecuencias negativas que puede tener, y ha tenido, la práctica psicoanalítica. Con ello intentaremos demostrar que, además de no haber razones científicas o utilitarias para creer en los presupuestos del

psicoanálisis, su uso puede ser perjudicial.

1. ¿Qué dice el psicoanálisis?

Poca gente ha leído la obra de Freud pero, por así decir, casi todos hemos visto la película. En la sociedad occidental algunos conceptos del psicoanálisis son tan conocidos como los del cristianismo. No es necesario haber leído a Freud para estar familiarizado con nociones como el complejo de Edipo o de represión, como no hay que haber leído la Biblia para conocer la historia de Adán y Eva y el pecado original. Son ideas que nuestra cultura transmite como propias y que cualquiera da por supuestas al escribir un texto o incluso al contar un chiste.

En este libro no examinaremos en detalle la teoría psicoanalítica, pero antes de entrar en materia conviene hacer un breve repaso. En el primer apartado revisaremos los elementos teóricos freudianos; en el segundo, algunas de las principales aportaciones de otros psicoanalistas, que en unos casos se opusieron a ciertos aspectos de la doctrina de Freud y en otros defendieron una vuelta a la obra del maestro.

Lo que dijo Freud

Esta historia, la historia del psicoanálisis, empezó una tarde del siglo XIX en la consulta del doctor Joseph Breuer en Viena. El doctor Breuer tenía como paciente a una mujer joven e inteligente con persistentes síntomas de una enfermedad mental entonces conocida como histeria. Por aquellos años la histeria se consideraba todavía como una afección exclusivamente femenina derivada de ciertos desarreglos relacionados con el sistema reproductor de la mujer. El tratamiento, en consecuencia, se hallaba relacionado con dicha concepción de la enfermedad y las histéricas recibían baños calientes o fríos, descargas eléctricas de diversa intensidad, e incluso en ocasiones sus órganos genitales eran manipulados de forma prolongada por parte de un médico o una comadrona. Dicha manipulación las llevaba en algunos casos a lo que los doctores de la época llamaban *paroxismo histérico*, lo cual, probablemente, no era otra cosa que lo que hoy en día llamaríamos orgasmo. No tenemos razón alguna para dudar de la palabra de aquellos médicos que informaron de que las

pacientes se mostraban notablemente relajadas tras dicha manipulación.

Anna O., como se conoce a la paciente de Breuer, había pasado por tratamientos muy variados pero sus síntomas histéricos no remitían. Con Breuer comenzó una terapia basada en las últimas investigaciones que llegaban de Francia: la hipnosis. Pero tampoco parecía que la hipnosis fuera muy útil en el caso de Anna O. Aquella tarde, durante una sesión de hipnosis, Anna se dirigió al doctor Breuer y le dijo algo así como: «Doctor Breuer, si usted me dejara contarle el origen de las cosas que me preocupan, tal vez recordarlo podría ayudarme». En cierto modo, había nacido el psicoanálisis.

Pronto se unió a Breuer, en sus investigaciones y en el tratamiento de Anna O., un joven y ambicioso médico vienes que llegaría a convertirse en uno de los más famosos del mundo y de todos los tiempos: Sigmund Freud. Juntos, Breuer y Freud desarrollaron una teoría sobre la histeria y un método para su tratamiento: el método catártico. La idea principal y bastante novedosa en su momento era la siguiente: las histéricas sufren a cuenta de su pasado y no por algún desarreglo fisiológico. Es importante tener presente que el psicoanálisis surgió a partir de una teoría de la histeria, es decir, a partir de una explicación sobre una enfermedad mental, y además, sobre una enfermedad mental ligada al sexo.

Posteriormente, Freud cambió su método y su objeto de estudio. Sus intereses empezaron a apuntar mucho más alto que en el pasado, ya no quería desarrollar una teoría de la histeria sino todo un sistema explicativo de la personalidad humana. En cuanto al método, abandonó definitivamente la hipnosis y tomó como vía fundamental para acceder a la información que le interesaba la *asociación libre*: escuchaba al paciente mientras éste hilaba unas ideas con otras sin restricciones. Tal información era de una naturaleza muy especial y, al parecer, el sujeto no tenía acceso a ella de manera directa y consciente. Precisamente por eso, este conjunto de información recibió el nombre de *inconsciente*.

Freud no fue el descubridor del inconsciente ni la primera persona interesada en investigarlo, pero fue sin duda el mayor impulsor que haya tenido el estudio de dicho concepto. El inconsciente, según Freud, está compuesto por todo aquello a lo que la persona no tiene acceso: fundamentalmente se trata de material reprimido, es decir, el conjunto de experiencias que, por su carácter doloroso o indeseable, han sido expulsadas fuera de la conciencia, a menudo desde los primeros momentos de la infancia. El inconsciente representa el conjunto de impulsos primitivos (hasta cierto punto, los instintos del animal que todos llevamos dentro) que han sido inhibidos durante nuestro desarrollo hacia la edad adulta.

No es fácil, desde luego, pensar en un método para investigar precisamente aquello a lo que no tenemos acceso. Freud propuso, por tanto, la utilización de una metodología totalmente indirecta. En primer lugar, como hemos dicho, empezó a usar

la asociación libre. La idea le vino también de sus observaciones de una sesión de hipnosis, pues después del trance hipnótico parecía producirse una amnesia de todo aquello que hubiese sucedido durante la sesión (al menos, eso era lo que sostenían algunos investigadores de la época). Sin embargo, se había descubierto que, si se pedía al paciente que dijese lo primero que le viniera a la mente, diría alguna palabra relacionada con lo que le había sucedido durante el trance. Es decir, las personas no tenían conciencia de ello pero existía un trazo de memoria. Freud pensó inmediatamente que esta misma técnica podría utilizarse con personas no hipnotizadas: si pregunta directamente al paciente por el motivo de su preocupación, el analista chocará con su resistencia a manifestar la verdadera causa del problema; sin embargo, si le deja que hable en libertad, esta persona, sin darse cuenta, dará las claves para acceder a su inconsciente.

Freud recogió también datos de otros actos en los que no participa la voluntad humana. Su idea era la siguiente: nuestra conciencia trata continuamente de ocultar aquello que nos resulta doloroso o inaceptable; si pedimos simplemente a un paciente que nos diga lo que le preocupa, hará referencia solamente a sus síntomas y jamás llegará al fondo del problema. Sin embargo, los *actos fallidos* y los *lapsus lingüísticos* nos podrán dar idea de qué es lo que afecta realmente al paciente.

En la teoría de Freud casi no queda lugar para la casualidad. Si olvidamos un objeto, tal vez nos queríamos desprender de él o que llegase a manos de otra persona. Entre estos actos fallidos los más relevantes son los lapsus lingüísticos, esos errores que nos comprometen a veces y que con cierta frecuencia ponen en evidencia a los políticos ante los medios de comunicación. Un político conocido por su tendencia a cometer este tipo de errores es George W Bush. Preguntado, por ejemplo, por la aplicación de la pena capital como gobernador de Texas, dijo: «Creo que no condenamos a muerte a ningún culpable... quiero decir, inocente». En otra ocasión, Bush afirmó que su gobierno no dejaba de pensar en cómo causar «daño a nuestro país y a nuestro pueblo». Estos comentarios provocan la risa de los asistentes a sus conferencias, pero si a ellas acudiese algún psicoanalista sacaría además una conclusión adicional: en sus errores George W. Bush estaría comunicando sus verdaderas intenciones, tal como están registradas en su inconsciente. Es decir, en las adecuadas circunstancias, podría inferirse que Bush pensaba en el fondo que ningún condenado merecía serlo y que su gobierno era dañino para el pueblo americano.

El método propuesto por Freud consistía, por tanto, en analizar los contenidos del inconsciente en cada persona. Junto con la asociación libre y la observación de los lapsus y actos fallidos, otra vía de acceso al inconsciente es la interpretación de los sueños. Durante el sueño, el inconsciente se expresa sin las restricciones impuestas por la voluntad durante la vigilia. Por tanto, en los sueños cumplimos simbólicamente los deseos que no podemos satisfacer cuando estamos despiertos. Todos los sueños

serían, según Freud, realizaciones de deseos. Si nos acostamos con hambre, tal vez soñemos que comemos; si por la mañana deseamos seguir durmiendo, es posible que soñemos que nos levantamos y vamos al trabajo o al centro de estudio mientras permanecemos en la cama. Por supuesto, otras necesidades fisiológicas nos harán soñar en consecuencia.

Freud planteaba que no sólo este tipo de sueños consisten en la satisfacción de nuestros deseos, sino que todos los sueños tendrían esa finalidad. La clave es que los deseos que se satisfacen no son habitualmente conscientes sino inconscientes. Por tanto, alguien puede soñar con el fallecimiento de un ser querido y verse en el sueño sumido en una profunda tristeza. Esto podría significar, sencillamente, que para esta persona dicho familiar está suponiendo un obstáculo para sus intereses y en cierto modo le gustaría que desapareciese de su vida. Así, en la teoría de Freud, los contenidos inconscientes son los que tienen mayor interés para el analista.

En un principio Freud propuso que la mente se compone de tres niveles: *consciente*, *preconsciente* e *inconsciente*. La conciencia está relacionada con la percepción del mundo exterior. Si alguien nos pregunta en qué estamos pensando podemos informarle de ello sin dificultad. El preconsciente es aquello que no se encuentra directamente en la conciencia pero que puede llegar a ella en cualquier momento por mediación de la voluntad de la persona. La información inconsciente, por el contrario, tiene vedado el acceso a la conciencia porque ha sido relegada por efecto de la represión.

Para Freud, el inconsciente es la instancia más relevante del aparato psíquico. El hecho de que cualquiera de nosotros demos cotidianamente mayor importancia a los contenidos de la conciencia que a los inconscientes se debe simplemente a la dificultad de acceder a éstos. Es frecuente utilizar la metáfora de un iceberg para expresar la organización del aparato psíquico. La conciencia sería sólo la punta de ese iceberg que sobresale por encima del nivel del mar. Como todos podemos verla, es probable que le atribuyamos gran importancia, a pesar de que la masa oculta del iceberg que se halla bajo el nivel del mar —el inconsciente— sea mucho mayor.

Posteriormente, Freud estableció una nueva distribución u organización del aparato psíquico en tres instancias: el Ello (*Id*), el Yo (*Ego*) y el Superyó (*Superego*). El Ello es el componente original de nuestra mente, lo único que se encuentra ya allí cuando nacemos. Está orientado a satisfacer las necesidades propias y se rige por el principio del placer. Así, el recién nacido se preocupa exclusivamente por sí mismo. Llora cuando tiene hambre o cuando tiene sed y no le importa si hay comida o agua a mano o si sus padres tienen algo mejor que hacer en ese momento. Es decir, el Ello no participa del principio de realidad (es decir, no admite que el mundo exterior limite, ni siquiera momentáneamente, sus deseos). El Yo se conforma en los tres primeros años de edad. En ese momento el niño empieza a establecer un compromiso

con la realidad: una especie de pugna con el exterior. Se da cuenta de que no siempre puede satisfacer sus necesidades y deseos, y de que otros también pueden tener deseos e necesidades.

La más tardía de las instancias psíquicas, según Freud, es el Superyó, que empieza a desarrollarse a partir de los cinco años. El Superyó es la interiorización de las normas de nuestra sociedad tal como nos las transmiten nuestros padres o cuidadores. En cierta forma, el Superyó sustituye el papel de estas personas dentro de nuestra mente y es lo que hace que podamos sentir que está mal hacer ciertas cosas aunque nadie nos observe. Si los niños empiezan a cumplir las normas cuando nadie los mira, es por la presencia del Superyó dentro de ellos.

La labor del Yo es bastante complicada: tiene que satisfacer, en la medida de lo posible, los impulsos y deseos del Ello sin caer en la reprobación del Superyó. Desde luego, el Yo pasará por muchas dificultades en esta tarea. Para resolverla, desarrollará una serie de mecanismos de defensa que le permitan enfrentarse a los conflictos más comunes de la vida. Supongamos, por ejemplo, que una persona tiene problemas con su jefe. Evidentemente, no buscará soluciones que tal vez le lleven a perder el trabajo y tratará de salir de la situación de la forma menos dolorosa recurriendo a diversos mecanismos de defensa. Por ejemplo, negar que exista algún problema con su jefe o desplazar la ira que le produce la situación y pegarle a su perro cuando llegue a casa. También podrá intelectualizar la situación hablando continuamente de la complejidad de las relaciones laborales, como si fuese algo abstracto que a él no le afecta. También podrá proyectar sus propios impulsos en otra persona, explicando lo mal que se llevan algunos compañeros de trabajo con su jefe, o racionalizar el conflicto buscando una causa lógica de su disconformidad en el trabajo que sustituya a la real (por ejemplo, que es una persona que merece un trabajo mejor y que por esta razón no está satisfecha en el suyo). Utilizará la formación reactiva si, por ejemplo, llega un día diciendo que su jefe es una persona magnífica y un verdadero amigo, es decir, adoptando la creencia contraria a la que le produce ansiedad. Tal vez vuelva a estadios más elementales de su desarrollo vital y se comporte en la oficina como un niño de parvulario (lanzando papeles, etc.); en este caso se dirá que ha utilizado el mecanismo de regresión. También puede reprimir algunos de sus recuerdos trasladándolos así al inconsciente (si esto se hiciera de forma voluntaria, se habla de supresión), o sublimar esos recuerdos apuntándose a un gimnasio para sudar su agresividad al salir del trabajo.

Una de las ideas más famosas de Freud es que el desarrollo de la personalidad humana pasa por distintos estadios. El primero de ellos es la *etapa oral*, que cubre aproximadamente el primer año y medio de vida del niño. Como hemos visto, a esa edad el niño se rige por el principio del placer y lo busca especialmente a través de la boca, mediante la succión nutritiva y otras actividades orales. La resolución

inadecuada de esta etapa puede llevar a una fijación o a que presente una personalidad oral en su edad adulta. Las fijaciones orales se manifiestan en costumbres como morderse las uñas, fumar o comer compulsivamente. La personalidad oral se caracteriza, según Freud, por una extremada dependencia de los otros o, por el contrario, por una notable agresividad.

Durante el siguiente año y medio, es decir, hasta los tres años de edad, el niño focaliza su búsqueda del placer en la retención y expulsión de sus heces: es la *etapa anal*. Dado que el asunto de las heces cae muy directamente bajo el control paterno (los padres procuran que a partir de cierta edad los niños hagan sus necesidades como es debido), no es infrecuente que las fijaciones de esta etapa den lugar a personalidades perfeccionistas y obsesionadas con la limpieza: son los anales retentivos. Sin embargo, también es posible que aparezcan sujetos con fijaciones anales expulsivas, los cuales son desorganizados y, tal vez, poco limpios.

La etapa más importante es, quizá, la que transcurre aproximadamente entre los tres y seis años: la *etapa fálica*. En esta etapa, la zona erógena (principal fuente del placer sexual) se traslada a los genitales. Como es sabido, Freud defendió que durante esa etapa los niños desarrollan un importante impulso sexual hacia sus madres conocido como *complejo de Edipo*. La resolución de este complejo es, según Freud, un momento crucial en el desarrollo infantil. El niño varón se enfrenta a una batalla necesariamente perdida, en la que el padre saldrá vencedor debido a su superioridad física. El deseo de matar al padre para eliminar a un rival incomodísimo habrá de ocultarse necesariamente mediante la represión, y el niño albergará un persistente temor a que descubran sus deseos y se venguen de él mediante la castración. De la adecuada resolución de este conflicto depende en gran medida que la vida adulta sea la de una persona equilibrada. Normalmente, los niños reconocen su derrota frente a sus padres y tratan de identificarse con ellos, desarrollando comportamientos masculinos. La resolución inadecuada del conflicto puede llevar a todo tipo de perversiones sexuales, desde la erotomanía (u obsesión por el sexo) a la inapetencia y la homosexualidad. Algunos psicoanalistas consideraron que un proceso semejante podría producirse en las niñas hacia sus padres y llamaron a este proceso complementario *complejo de Electra*. Sin embargo, Freud rechazó siempre esta idea. Según él, las niñas también se sienten inicialmente atraídas por sus madres y sólo posteriormente por sus padres; y aun entonces, de una forma mucho más recatada que los varones.

Después de esta etapa tan agitada aparece lo que se conoce como *período de latencia*, en que el deseo sexual está claramente reprimido. Es esa época, justo hasta la pubertad, en que los niños y niñas prefieren pasar la mayor parte del tiempo con miembros de su propio sexo.

La última etapa, a partir de la pubertad, es la que se conoce como *etapa genital*.

En ella, el adolescente dirige su deseo generalmente hacia miembros del sexo opuesto y elige los genitales como zona erógena principal.

Tanto la práctica como la investigación psicoanalítica surgen de la situación clínica, es decir, del encuentro entre el paciente y el analista, relación que es uno de los fenómenos más estudiados dentro del psicoanálisis. Se supone que durante el análisis el paciente proyecta inconscientemente sobre su analista gran cantidad de sentimientos, deseos y pensamientos, que en ocasiones pueden haber permanecido ocultos desde la infancia: se trata del fenómeno de la *transferencia*. En el mejor de los casos, el paciente transfiere al analista el papel de la figura paterna, es decir, aquello que posteriormente se integrará en su Superyó. A través del análisis, el terapeuta puede utilizar esta posición para reconducir adecuadamente el Superyó del paciente y tratar de librarlo de las neurosis producidas por la inadecuada resolución previa de sus conflictos. En otros casos se producirá un fenómeno de *contratransferencia*, donde es el terapeuta quien transfiere sus sentimientos hacia el paciente. La obligación de que el propio analista se haya sometido previamente a un riguroso psicoanálisis tiene como objeto controlar este tipo de fenómenos.

Lo que dijeron después de Freud

Al fundar el psicoanálisis, Freud rompió con todos sus maestros y con los compañeros de su primera época. Particularmente, rechazó los métodos de Charcot y se enfrentó violentamente a Breuer. En su última época volvió a romper con sus más importantes discípulos. Freud no admitió nunca las críticas que algunos de sus seguidores vertieron sobre su teoría. Así surgieron las principales escuelas psicoanalíticas de la primera época. Más que un proceso de evolución científica fue una especie de cisma entre distintas sectas. Alfred Adler y Cari Jung fueron los principales discípulos directos. Muchos habían pensado que uno de los dos, tal vez especialmente el segundo, debía heredar el trono del imperio psicoanalítico, pero los dos se enfrentaron a Freud al tratar de introducir matices teóricos más o menos amplios en el psicoanálisis.

Adler siguió a Freud en la idea de que las experiencias de la primera infancia

marcan el desarrollo de la personalidad. Al igual que Freud, Adler concedía gran importancia a las motivaciones inconscientes y se valía de la interpretación de los sueños. Sin embargo, quitó importancia a la sexualidad, y la libido dejó de ser la principal fuente de energía del cambio evolutivo. De este modo, rechazó las etapas del desarrollo psicosexual propuestas por Freud y negó la universalidad del complejo de Edipo. A cambio, el principal motor del desarrollo humano pasó a ser social más que biológico. Desde la infancia, según Adler, todos estamos dominados por sentimientos de inferioridad que tratamos de compensar a veces con demostraciones de superioridad. Lo que en Freud era un impulso biológico que surge del interior del individuo, la energía sexual, en Adler adquiere un carácter sociocultural: el niño se siente inferior a los demás y esto le marcará para siempre. La lucha contra este complejo de inferioridad lleva, según Adler, a la paradójica consecuencia de que las personas con defectos visuales pueden llegar a ser grandes pintores, los sordos grandes músicos y los tartamudos excelentes oradores.

En 1910 Freud fundó la Asociación Psicoanalítica Internacional y puso como presidente a Carl Gustav Jung. Cuatro años después, éste abandonó la presidencia y se dio de baja como miembro de la sociedad, pues había roto definitivamente con Freud. Como Adler, Jung restaba importancia a la libido como energía sexual. Por el contrario, abogaba por la existencia de una «energía de los procesos de la vida» que podía manifestarse tanto sexualmente, como planteaba Freud, como a través del complejo de inferioridad, como proponía Adler, o de otras formas. Curiosamente, una de las principales críticas de Jung hacia Freud es que éste daba escasa importancia al inconsciente. Para Jung, el inconsciente es el verdadero objeto de estudio de la psicología, y en su análisis debe evitarse en la medida de lo posible la participación de la conciencia. Toda la cultura y hasta la historia de la humanidad penetra en nosotros a través del inconsciente, un *inconsciente colectivo* donde residen los arquetipos. Estos son ideas globales, comunes a toda la sociedad y que nos sirven para entender el mundo, similares a las pautas de comportamiento que, según la etología, comparten los miembros de una misma especie. Aunque son inconscientes, pueden fundamentar conceptos generales, como la asociación entre vejez y sabiduría. Las imágenes arquetípicas, según Jung, afloran a veces en los sueños y otras manifestaciones del inconsciente. Por una parte, Jung es, quizá, entre los psicoanalistas de los primeros tiempos, el más cercano a la psicología científica de la personalidad, para la cual acuñó conceptos como *introversión* y *extraversión*. Por otra, fue un claro defensor de las interpretaciones místicas obtenidas de fuentes tan diversas como las filosofías orientales o la alquimia.

Otros de los primeros discípulos de Freud también se le enfrentaron por asuntos diversos. Por ejemplo, Melanie Klein, quien había empezado a realizar investigaciones con niños, planteó algunos cambios en el desarrollo psicosexual

infantil. Afirmaba principalmente que el Superyó no es una consecuencia de la resolución del complejo de Edipo, sino que está presente en los niños con anterioridad a esa etapa. Sus ideas recibieron una clara reprobación por parte de Freud y originaron una larga polémica con la hija de éste, la también psicoanalista infantil Anna Freud.

Para Otto Rank, el complejo de Edipo fue también motivo de polémica. Según este peculiar autor, el momento más relevante de la formación de la personalidad no es dicho complejo sino el *trauma del nacimiento*. Por su parte, Karen Horney rechazó la idea freudiana de que la envidia del pene constituía el principal motor de la personalidad femenina. Por el contrario, lo que las mujeres envidian es, según ella, el poder que nuestra sociedad otorga al varón.

Entre los psicoanalistas posteriores, el más influyente ha sido, sin duda, Jacques Lacan, quien, a diferencia de discípulos directos de Freud, reivindica la figura de éste. Lacan consideraba que los psicoanalistas debían volver a la lectura de la obra de Freud, a la que él hace simplemente algunos añadidos. Lacan se vale de la lingüística estructural de Saussure para analizar el inconsciente. En este sentido, el psicoanálisis debía entregarse a la prospección de los significados ocultos en los significantes que pueblan los sueños y el mundo. Durante el análisis, el paciente utiliza cadenas de sonidos (las palabras tal como las oímos) y les atribuye un cierto significado, pero el analista deberá revelar los significados desconocidos para el paciente. Lacan añade también a la explicación psicoanalítica conceptos de la topología y otras áreas de la ciencia. El principal añadido de Lacan a la teoría de Freud es la inclusión del *estadio del espejo*, durante el cual (entre los seis y los dieciocho meses de edad) el niño reconoce su propia imagen en el espejo, por lo que empieza a identificarse a sí mismo (su Yo). La experiencia del Yo nos vendría, por tanto, del exterior; por esto dice Lacan que todo Yo es un «Otro».

A pesar de las diferencias entre los distintos enfoques o escuelas psicoanalíticas, el cuerpo de la doctrina puede tomarse como un todo y así lo haremos en este libro para someterlo a prueba. En general, podemos decir que los principales conceptos de Freud y las características esenciales de su metodología son respetados por cualquiera que se considere psicoanalista. La propia forma de discrepar, basada más en credos o ideologías que en los datos de una investigación, nos hará ver, como comprobaremos a lo largo del libro, que hablamos de psicoanalistas genuinos.

2. El psicoanálisis no es una teoría científica de la mente

Supongamos que usted se encuentra con una amiga a la que no ha visto desde hace algún tiempo y que le dice estar muy contenta porque ha encontrado trabajo como cajera en un supermercado. El sueldo es bueno y el primer mes se ha comprado un reproductor de música portátil (por ejemplo, un iPod). Seguramente usted se alegrará de esa información y no la pondrá en duda. Pero imaginemos que su amiga le dice que con su primer sueldo como cajera se ha comprado no un iPod sino un piso de lujo en la zona más cara de la ciudad. Esta afirmación, sin duda, le dejará perplejo, aunque no tuviese ningún interés en dudar de la palabra de su amiga. Al menos le pedirá más información, o incluso dudará de haber entendido bien lo que quería decirle... Simplemente, solemos creer las afirmaciones que no contradicen nuestro conocimiento general del mundo. No requerimos pruebas especiales para creerlas. Pero el sentido común nos dicta que, si alguien hace una afirmación extraordinaria, algo que realmente cambia nuestra concepción del mundo, debemos solicitar pruebas tan extraordinarias como la propia afirmación. Por ejemplo, si alguien nos dice que el sueldo mensual de una cajera de supermercado puede pagar el valor total de un piso de lujo nos costará creerlo, a menos que nos lo demuestre de forma muy palpable.

Hemos visto que el psicoanálisis está repleto de afirmaciones extraordinarias. Freud nos dice cosas como que los bebés tienen una vida sexual muy activa, o que la mayor parte de los niños a la edad en que empiezan a acudir al colegio están enamorados de sus madres y desean matar a sus padres, o que las niñas envidian el pene y los niños temen ser castrados. Se trata de afirmaciones realmente extraordinarias. Y desde luego, las cosas extraordinarias son más interesantes que los descubrimientos cotidianos: por esta razón Freud se convirtió en el psiquiatra más famoso de todos los tiempos (a pesar de que su especialidad era la neurología). Así, decir que la Tierra gira alrededor del Sol y no a la inversa debió de ser en algún momento una afirmación extraordinaria, y los científicos que la demostraron y lo hicieron de forma inequívoca han pasado a la historia.

Muchas personas creen que las afirmaciones del psicoanálisis pertenecen al campo de la ciencia y que debemos creerlas, por extraordinarias que nos resulten, porque han sido científicamente demostradas. Sin embargo, ni Freud ni sus seguidores demostraron jamás ese tipo de afirmaciones, ni con pruebas extraordinarias ni con indicios relativamente razonables. El psicoanálisis ha lanzado al mundo las ideas tal vez más sorprendentes sobre la psicología humana, pero no lo ha hecho tras considerarlas probadas.

En este capítulo daremos argumentos al lector para mostrar que no hay razones para creer que las afirmaciones del psicoanálisis sean ciertas. Estas afirmaciones son a veces simplemente falsas y otras simplemente indemostrables.

Breve historia de lo que no es ciencia

Probablemente usted ha oído alguna vez el enunciado de algún principio científico o ley. Por ejemplo, el principio de Arquímedes es uno de los más conocidos y puede enunciarse, más o menos, en estos términos: un cuerpo sumergido en un fluido experimenta un empuje vertical y hacia arriba igual al peso del fluido que desaloja. Los principios científicos acotan el número de explicaciones posibles para un fenómeno determinado y eligen una de ellas. Por ejemplo, Arquímedes podría haber enunciado su famoso principio de la siguiente manera: un cuerpo sumergido en un fluido experimenta un empuje vertical u horizontal, hacia arriba o hacia abajo, o puede ser que no experimente empuje alguno y también que dicho empuje tenga relación con la cantidad de fluido desalojado o no. Nadie podrá decir que este segundo enunciado del principio de Arquímedes sea falso. Al menos, no podrá serlo si es verdadero el principio original, puesto que este segundo principio se cumple en todas las situaciones en que lo hace el original y en muchas otras. Es decir, lo que podríamos llamar el «principio ambiguo de Arquímedes» podría explicar más situaciones o más estados del mundo que el principio original. ¿Por qué debemos preferir entonces la formulación de Arquímedes? Precisamente porque no todos los fenómenos concuerdan con la explicación, sino que el principio establece cuáles deberían satisfacerlo y cuáles no.

Una de las críticas realizadas más frecuentemente al psicoanálisis es precisamente que dicha disciplina no hace lo que el principio original de Arquímedes, sino lo que el «principio ambiguo». El psicoanálisis no exhibe la valentía que debe caracterizar a las teorías científicas, que deben estar dispuestas siempre a que los datos las contradigan. El psicoanálisis se escuda, por el contrario, en tal cantidad de principios que evita la posibilidad de definir el conjunto de observaciones que demostraría su falsedad. Nos hemos referido en el capítulo anterior a la presunta existencia de personalidades anales retentivas. Según el psicoanálisis, hay personas que en cierto momento de su infancia mantuvieron una curiosa relación con el cuarto de baño, el cual usaban para buscar el placer mediante la retención y expulsión de las heces. Dicha práctica anómala era causa, y tal vez consecuencia, de ciertos desarreglos psicológicos que han de pagar el resto de su vida. Estos trastornos se advierten en el adulto por una excesiva propensión al orden, la minuciosidad, la limpieza... Los anales retentivos son esas personas que alinean cuidadosamente los bolígrafos en el escritorio, ordenan sus libros por colores y tamaños y no soportan el más mínimo desorden en sus costumbres. Si usted ha quedado con un anal retentivo a las cinco en punto, no ha de preocuparse porque pueda hacerle esperar.

Algunas investigaciones han demostrado cierta relación entre diversas características que acabamos de mencionar. Las personas ordenadas suelen ser

puntuales, minuciosas, etc., pero nadie ha demostrado jamás que en ciertos momentos de su más remota infancia tuvieran una relación estrambótica con el cuarto de baño. Usted podrá preguntarse entonces cómo hace el psicoanálisis para llegar a tan extraordinaria conclusión.

Podríamos plantear, tal vez, el siguiente tipo de investigación: estudiemos minuciosamente el control de esfínteres efectuado por niños de la edad prevista. En nuestra muestra habrá algunos que retengan los esfínteres más tiempo que otros (estas mediciones habrán de realizarse con los instrumentos adecuados y, en cualquier caso, el investigador no estará recién comido). Deberemos esperar unos años para comprobar si verdaderamente los niños identificados de aquella forma tienen unas características de personalidad más cercanas a la descripción propuesta por Freud que el resto de los niños de la muestra. Tras un trabajo de este tipo, y si encontrásemos la esperada relación, podríamos plantearnos sostener las afirmaciones de Freud. Pero Freud no hizo nada de esto. Para ello hubiese tenido que dedicar una considerable cantidad de esfuerzo y recursos (y también estómago) y esperar unos años a que los niños crecieran antes de publicar sus conclusiones. Pero lo más importante es que se habría arriesgado a encontrarse con que no tenía razón, es decir, tal vez no hubiese hallado relación alguna entre el control de esfínteres durante la infancia y la personalidad adulta. La vía elegida por Freud fue mucho más rápida y efectiva para sus intereses. Bastaba con enunciar sus ideas tal como se le ocurrían o, en el mejor de los casos, fundamentarlas en observaciones clínicas de adultos. Freud jamás observó la retención anal o el complejo de Edipo: los infirió del análisis de los pacientes que acudían ya crecidos a su consulta.

Hay varios problemas para considerar las observaciones clínicas realizadas por Freud como el fundamento de una teoría de la personalidad o de la mente. En primer lugar, es evidente que los pacientes que acuden voluntariamente —y pagando— a la consulta de un analista no son una muestra representativa de la población.

De entrada, con seguridad tendrán algún tipo de preocupación que les lleva a acudir a la consulta. Una teoría aplicable a toda la población no puede surgir de observaciones realizadas exclusivamente sobre estas personas. En segundo lugar, las observaciones clínicas no son más que colecciones de anécdotas sobre casos particulares. En el mejor de los casos, algún paciente en el que hayamos observado un comportamiento excesivamente minucioso y ordenado nos informará sobre ciertos problemas tenidos en su infancia en relación con sus propios excrementos. Aunque éste fuera el caso, tendríamos que calcular cuántas personas exhiben ese comportamiento adulto sin tales problemas infantiles o viceversa, y cuántas otras no presentan ninguna de las dos características. Decimos que éste sería el mejor de los casos, pero ni siquiera la prueba completa así hallada podría convencernos inequívocamente de la efectividad de la teoría. Sencillamente, estaríamos pidiendo a

un grupo de adultos que recuerde hechos sucedidos en etapas muy tempranas de su infancia. Además, el psicoanálisis lo hace en una situación calificable, cuando menos, de atípica para la investigación, pues una figura con poder, como el analista, puede sugerir al paciente ciertas formas de comportamiento y ciertos recuerdos (volveremos sobre este asunto en el capítulo 4).

Tal vez se pregunte si los datos clínicos han de estudiarse con igual atención en el campo del psicoanálisis que en otros ámbitos de investigación. Desde luego, los ensayos clínicos se utilizan con frecuencia en medicina. Por ejemplo, cuando va a introducirse un nuevo medicamento en el mercado se requiere la aportación de ensayos clínicos que demuestren su eficacia. Pero estos ensayos se realizan de manera muy diferente a lo que se observa en la práctica psicoanalítica. Si un laboratorio quiere comercializar el compuesto químico X en forma de pastillas para el dolor de cabeza, deberá aportar ensayos clínicos en los que la eficacia de dicho compuesto se compare, al menos, con otras pastillas que tengan el mismo aspecto pero que carezcan del principio activo X (lo que se llama un *control placebo*). En algunos casos, se puede incluir en la comparación otros medicamentos que ya están comercializados para curar el mismo problema. Pero, además, es muy importante que se lleve a cabo un procedimiento en el que ni el paciente sometido al tratamiento o al placebo, ni el propio médico que administra el medicamento sepan si lo que está tomando y administrando contiene o no el principio activo (lo que se conoce como *procedimiento de doble ciego*).

Nada parecido a esto se da en el psicoanálisis. El psicoanalista carece de grupo de control sin tratamiento y, por supuesto, conoce perfectamente las hipótesis que desea comprobar antes de someterlas a prueba. Este conocimiento previo puede llevar con frecuencia al analista a buscar pruebas que confirmen las propias hipótesis. Numerosos estudios realizados en psicología han demostrado esta tendencia humana a la confirmación. Si un analista encuentra en un paciente ciertos rasgos relacionados con la personalidad anal retentiva tenderá a buscar otros que le confirmen su diagnóstico más que a fijarse en aspectos que podrían hacerle desechar su primera impresión. En este sentido, el psicoanalista tiene un comportamiento más parecido al de un curandero o un echador de cartas que al de un científico.

La tendencia a la confirmación parece ser una inclinación natural en el ser humano. No debemos suponer que los psicoanalistas están exentos de ella; no los criticamos por eso. Es natural que, a la hora de contrastar hipótesis, las personas empecemos dándolas por ciertas y buscando pruebas que las confirmen, en lugar de fijarnos en los casos que van en contra de tales hipótesis o demuestran su falsedad. Si las personas tuviéramos siempre una racionalidad impecable, tal vez el método científico no fuese necesario porque, al fin y al cabo, equivaldría al sentido común. Sin embargo, al no ser así, el método sirve para establecer las condiciones en que

debemos comprobar los enunciados antes de sacar las conclusiones. Por ejemplo, si alguien piensa que una determinada marca de champú es buena para su cabello basándose, por ejemplo, en la publicidad o el prestigio de una marca, acudirá a comprar ese champú. Si le va bien, es muy probable que lo siga comprando y que piense que es el champú más adecuado para su cabello. No es probable que esta persona busque lo contrario probando las demás marcas de champú, y tampoco debemos esperar que lo haga. Sin embargo, su conclusión sobre la calidad del champú no puede considerarse científica. Es posible que otras marcas que no ha probado sean mejores, e incluso más baratas. No podemos ser perfectamente racionales en todas nuestras decisiones y, por lo mismo, nadie se considera un científico en todos los campos del saber y en todos sus comportamientos cotidianos. Precisamente por ello, el método científico sirve para evitar que en el campo de la ciencia se produzcan los mismos errores que cualquier persona comete en su vida cotidiana.

Por el contrario, la teoría psicoanalítica parece especialmente diseñada para fomentar la tendencia natural a la confirmación más que para intentar prevenirla. En el capítulo anterior nos hemos referido a los mecanismos de defensa del Yo, que le permiten a éste enfrentarse a los conflictos cotidianos. Podríamos decir que estos mecanismos son también defensores de la propia teoría psicoanalítica y permiten a los analistas enfrentarse a los conflictos teóricos que les pueden surgir en su práctica clínica.

Supongamos que un analista tiene la hipótesis de que un paciente suyo sufre precisamente de un trastorno anal retentivo de la personalidad. Dada esta situación, puede tratar de confirmar su diagnóstico preguntando al paciente, por ejemplo, si se considera una persona extremadamente ordenada. Desde luego, si el paciente responde afirmativamente, el analista dará por confirmado el diagnóstico pero, contra lo que dictaría el sentido común a la mayor parte de las personas (al menos a las que no han recibido instrucción psicoanalítica), si el paciente lo negase es posible que el analista diese también por confirmado el diagnóstico. Esto se debe a que la negación del síntoma puede haber sido motivada por la represión, uno de los mecanismos de defensa del Yo —y del psicoanálisis—. Podría suceder también que el paciente dijese: «Yo no, pero mi mujer sí es extremadamente ordenada», en cuyo caso el analista podría recurrir al mecanismo de defensa de proyección para salvaguardar su diagnóstico, y así puede actuar ante casi cualquier respuesta que reciba por parte del paciente. Si el método científico ha surgido especialmente para evitar la propensión humana a dejarse llevar por ciertos engaños e ideas previas, el método psicoanalítico parece haber surgido para fomentar dicha tendencia.

Una consecuencia de esta manera de proceder es que las hipótesis psicoanalíticas tienen un ámbito de comprobación muy amplio: no es infrecuente que una

observación y su contraria vengan a *confirmar* incluso la misma hipótesis. Además, el propio afán confirmatorio que todos padecemos nos lleva a interpretar las afirmaciones amplias y generales como si fuesen muy específicas. En psicología se conoce este fenómeno como *efecto Barnum* y es el que explica, por ejemplo, que las descripciones vagas y ambiguas que suele hacer la astrología nos parezcan, a veces, descripciones exactas de nuestra personalidad. Para darnos cuenta de que no se nos está diciendo nada si alguien nos dice: «Es usted una persona sensible que unas veces se encuentra de mejor humor que otras», tenemos que pensarlo dos veces. De igual forma, un psicoanalista podrá encontrar indicios de complejo de Edipo en un hombre que manifiesta querer mucho a su madre u odiarla, haber sentido atracción por ella o repugnancia, etc. Es decir, prácticamente cualquier información confirma la existencia del complejo y ninguna demuestra su inexistencia.

Desde luego, no es así como se forma el conocimiento científico. Tal vez Freud tuvo buenas intuiciones que dieron lugar a párrafos coherentes, e incluso brillantes, pero eso no las convierte en teorías científicas. La ciencia se caracteriza por la provisionalidad de las teorías. Cualquier científico tiene en su mano elementos para refutar una teoría en su campo de especialización. Por el contrario, la intención de los psicoanalistas parece ser que nadie pueda refutar sus teorías, ni como un todo ni en alguna de sus partes. A pesar de ello, algunas propuestas del psicoanálisis parecen susceptibles de contrastación empírica y muchas han sido, efectivamente, sometidas a prueba. En este libro veremos varias de esas comprobaciones. Sin embargo, la respuesta del psicoanálisis ha sido generalmente recurrir a sus propios mecanismos de defensa; respuestas del tipo: «Pero eso no es verdadero psicoanálisis». Este tipo de respuestas recuerdan el «argumento del verdadero escocés» que podemos ejemplificar en este diálogo:

—El whisky no se debe tomar con hielo porque los escoceses no lo toman con hielo.

—Pues yo tengo un amigo escocés que siempre bebe el whisky con hielo.

—Bueno, pero un «verdadero escocés» nunca tomaría el whisky con hielo.

En este argumento, el «verdadero escocés» se define por su tendencia a beber el whisky sin hielo, y esta tendencia se ve corroborada por la existencia de esos «verdaderos escoceses» definidos por ella: es decir, el argumento es claramente circular. Este tipo de argumentos es muy frecuente en el psicoanálisis; es consecuencia, normalmente, de que tanto los datos como sus explicaciones provienen de la misma situación: la situación clínica analítica. Si un psicólogo científico pretende investigar, por ejemplo, el efecto del autoritarismo paterno sobre el comportamiento de los hijos, tratará de medir, por una parte, dicho autoritarismo en los padres y, por otra, el estilo del comportamiento de los hijos. Una vez medidas

independientemente ambas cosas podrá determinar si existe o no la relación predicha. Pero un psicoanalista enfrentado al mismo problema analizará generalmente sólo a una de las partes (por ejemplo, al hijo) e inferirá del mismo conjunto de observaciones tanto los problemas del hijo como el presunto autoritarismo paterno. Esta forma de proceder conduce continuamente a la circularidad: el propio Freud explicó a veces sus fracasos terapéuticos por una necesidad del paciente de estar enfermo. Dicha necesidad, desde luego, la había identificado él mismo a partir de su fracaso terapéutico.

El filósofo Mario Bunge no duda en incluir el psicoanálisis entre sus ejemplos favoritos de pseudociencias —es decir, falsas ciencias— junto a la astrología, el creacionismo, la urología, etc. Como esas otras pseudociencias, el psicoanálisis reúne las características de ser, en sus palabras, «un montón de macanas que se vende como ciencia». Entre esas características incluye las siguientes: invocar entes inaccesibles como el Superyó; no poner a prueba sus especulaciones (no existen laboratorios psicoanalíticos); ser dogmático (es decir, no cambia sus planteamientos teóricos a partir de datos adversos); rechazar la crítica; mantener ideas incompatibles con algunos de los principios más seguros de la ciencia (por ejemplo, según el psicoanálisis, la forma en que se adquieren las neurosis viola las leyes de aprendizaje más claramente constatadas, no sólo en la especie humana sino en muchas otras); no interactuar con las ciencias realmente existentes (no muestra interés por los resultados de la psicología experimental, y sus supuestos hallazgos no se publican en revistas científicas que sigan criterios estrictos); y no requerir un largo aprendizaje (para decir que la búsqueda del placer obedece al «principio del placer» no son necesarios largos estudios psicobiológicos).

Algunos eminentes psicoanalistas han respondido a argumentos como los anteriores afirmando que el psicoanálisis posee una naturaleza distinta de las disciplinas científicas y no tiene por qué someterse a sus reglas y métodos. A pesar de haber tenido una formación científica, el propio Freud desdeñó en ocasiones los trabajos experimentales sobre conceptos psicoanalíticos que llegaron a sus manos. Su planteamiento era que poco podía aportar ese tipo de trabajo al conocimiento del psicoanálisis ya que, en sus propias palabras, «la riqueza de las observaciones sólidas sobre las cuales descansan mis afirmaciones las hacen independientes de la verificación experimental». Es como si alguien nos dijese que sus sólidas observaciones le hacen concluir que un kilo de madera pesa menos que un kilo de hierro, lo que hace su afirmación independiente de la báscula.

Si Freud hubiese pretendido que las aportaciones de su trabajo se valorasen exclusivamente en el ámbito de la literatura, nada tendría la ciencia que objetar. De hecho, en dicho campo literario su obra fue galardonada con la concesión del prestigioso premio Goethe. Pero Freud pretendió desarrollar, y así lo han hecho los

psicoanalistas posteriores a él, una teoría sobre la personalidad y la mente, y en este campo existen otras teorías que sí se someten a las restricciones del método científico. No hay por qué tratar al psicoanálisis con mayor benevolencia, y en este libro no pretendemos otra cosa que aplicar los criterios científicos a los conceptos psicoanalíticos en la misma medida que a cualquier otra propuesta psicológica.

El sueño de la interpretación

Una tarde, una chica adolescente le contó a un señor de edad avanzada varias historias. La chica se había golpeado con la araña del techo de su casa haciéndose sangre. Además, había tenido una conversación con su madre sobre cómo se le estaba cayendo el pelo. Su madre decía que a ese paso la cabeza se le quedaría monda como un trasero. También dijo haber observado, mientras paseaba por el campo, el hueco de un árbol arrancado. Por último, la chica se había fijado en el cajón de su escritorio, tan familiar para ella que hubiese advertido cualquier cambio en su contenido.

Por su parte, el señor de edad avanzada dijo que la araña del techo era un inequívoco símbolo del pene, que produce el sangrado de la menstruación precisamente en una zona cercana al trasero mencionado por la madre. El árbol arrancado es una clara representación de la nostalgia por la pérdida de los genitales masculinos, de los que la chica podría haber gozado si fuese varón. El cajón, como cualquier recipiente, no es sino la vagina de la propia chica, en la que alguien podría advertir de algún modo la intervención ajena.

Tal vez encuentre la narración primera un tanto extraña. Las historias referidas por la adolescente son algo peculiares pues no se trata de sucesos reales sino de sueños. Mucho más llamativos son, sin duda, los comentarios del señor de edad avanzada, que no era otro que Sigmund Freud.

Uno de los aspectos más conocidos del psicoanálisis es la interpretación de los sueños. Su fama no es injusta pues Freud le dio siempre bastante importancia: los sueños eran para él una ventana abierta al inconsciente. Aunque los sueños están hechos generalmente de recuerdos del día anterior, en ellos las personas satisfacemos nuestros deseos sin que la realidad o nuestra propia conciencia nos lo impida.

Además, para el analista resulta muy útil que el paciente cuente sus sueños ya que al contarlos lleva a cabo una segunda elaboración de su contenido, es decir, no los cuenta tal como sucedieron sino como son elaborados en la sesión de análisis.

Los sueños han sorprendido seguramente a las personas desde tiempos remotos y no han sido pocos quienes se han visto tentados a buscarles alguna interpretación, a menudo como premoniciones de lo que podría suceder o incluso como vía de comunicación con la divinidad o con entes de otro mundo. Freud no atribuyó a los sueños estas propiedades, pero no por ello los abordó de manera menos mitológica. La razón para ello es que el inconsciente no se expresa en el sueño de una manera directa y simple sino a través de un lenguaje metafórico. Estudios recientes indican que menos del 10% de los sueños tiene contenido sexual; sin embargo, el psicoanálisis interpreta la mayor parte de los sueños como relacionados íntimamente con el deseo sexual. Esto no es una contradicción para el psicoanálisis, precisamente porque los sueños no hablan claro. En ninguno de los sueños que aquella adolescente contó a Freud hay referencia directa al sexo; sin embargo, todos ellos fueron interpretados por él como expresiones de clara referencia sexual. El problema con este tipo de interpretaciones es que cuesta establecer si la orientación hacia la sexualidad está en la mente de la paciente o en la del analista.

No existen pautas generales para la interpretación de los símbolos que aparecen en los sueños, pero algunos resultan inequívocos para un psicoanalista. Por ejemplo, los objetos alargados suelen representar el órgano sexual masculino, mientras que los redondeados y huecos representan el femenino. Esta interpretación metafórica no es, desde luego, exclusiva del trabajo de Freud. El lenguaje cotidiano suele emplear metáforas de este tipo para referirse, indirectamente, a los genitales o para evitar palabras malsonantes. Incluso algunos estudios lingüísticos recientes indican que el género gramatical masculino se aplica en castellano, por regla general, más bien a objetos puntiagudos y angulosos, mientras que el femenino tiende a aplicarse a objetos redondeados (por ejemplo: el tenedor y la cuchara).

Pero las metáforas son amigas desleales para los científicos. Cualquier sueño puede incluir objetos alargados o redondeados, sobre todo si el criterio es tan amplio que incluye una lámpara de araña entre las posibles representaciones del pene. Usted puede hacer el ejercicio de mirar a su alrededor y pensar cuántos de los objetos que ve podrían interpretarse como símbolos sexuales en caso de que soñara con ellos... ¡y con algo hay que soñar! Además, el sueño pasa por varias reinterpretaciones entre la cama del paciente y el informe del psicoanalista. En primer lugar, Freud, a diferencia de otros investigadores anteriores que habían trabajado en la interpretación de los sueños —y, desde luego, todos los científicos posteriores—, nunca se preocupó por recoger la información del sueño tan pronto como tenía lugar. El paciente no tiene una libretita en la mesilla de noche para anotar sus sueños nada más despertarse, sino

que se los cuenta al analista durante la sesión, días, meses o años después. La memoria humana no es una cinta de grabación. Cada vez que traemos un suceso a la conciencia lo reinterpretemos de alguna manera, especialmente cuando el suceso recordado no es especialmente coherente, y ése es el caso de los sueños. Al recordarlos, les aportamos una coherencia de la que probablemente carecían en origen. Y al referirlos al analista, volvemos sobre este proceso de elaboración. Hay que tener en cuenta, por otra parte, que la mayoría de los pacientes que acuden a las sesiones de psicoanálisis ha leído algo sobre teoría freudiana, lo que les llevará a seleccionar unos materiales oníricos y no otros en función de las expectativas atribuidas al analista.

El estudio de los sueños es un buen ejemplo de la diferencia de ritmo entre la investigación científica y la pseudocientífica. En su extensa obra del año 1900, *La interpretación de los sueños*, Freud tuvo oportunidad de elaborar una explicación bastante completa sobre los sueños. Por el contrario, la ciencia sigue actualmente sin tener demasiado clara la función de los sueños y el origen de su contenido. Eso sí, desde aquella obra de Freud el psicoanálisis apenas ha añadido otras aportaciones que notas a pie de página. A partir del descubrimiento de las fases del sueño REM y no REM, en la década de 1950, se han producido numerosos avances tanto en el campo de la neurociencia como de la psicología. Pero como la ciencia no es dogmática, a diferencia de la pseudociencia, aún no existe acuerdo sobre algunos puntos.

La investigación de los sueños es compleja. Para realizarla en situaciones controladas es necesario disponer de laboratorios en los que las personas puedan dormir. Además, los sueños son relativamente espontáneos y los investigadores pueden tener dificultades para establecer el momento de su aparición. Sin embargo, algo se ha avanzado. Parece que durante el sueño existe cierta desconexión entre distintas zonas del cerebro. En concreto, las que almacenan los recuerdos de los hechos vividos durante el día, las imágenes observadas, etc., quedan aisladas hasta cierto punto de las áreas de la corteza cerebral relacionadas con la planificación y la interpretación. Una hipótesis sobre la experiencia onírica es que en nuestro cerebro se activan imágenes y experiencias de una manera bastante descontrolada y casi azarosa. Nuestra mente, privada en gran parte de la estimulación sensorial externa y de los parámetros temporales y espaciales, recibe una serie de datos inconexos a los que trata de dar sentido de alguna manera. Desde luego, esta visión del mundo de los sueños es menos atractiva que la que proponía que durante ellos las personas tratan de satisfacer sus más oscuros deseos. Sin embargo, esta atractiva hipótesis —la psicoanalítica— es una pura elucubración sin fundamento científico alguno. Además, tampoco queda claro cuál es el propósito de que en los sueños nuestro cerebro represente simbólicamente realizaciones de deseos. Deberíamos pensar entonces que durante miles de años, en las frías noches de la sabana africana, los seres humanos

han estado produciendo una serie de mensajes en clave que habían de esperar al feliz descubrimiento del psicoanálisis para ser descifrados.

Desde el punto de vista del psicoanálisis no queda claro el objetivo de los sueños: ¿por qué soñamos? En principio, cabría plantear dos posibilidades: o bien la mente obtiene algún beneficio de la realización de los deseos no satisfechos durante la vigilia, o bien no lo obtiene. En caso de obtenerlo, tales realizaciones se harían de forma inteligible para el sujeto. Es decir, si una persona saca algún provecho de soñar con los genitales masculinos, no soñaría con una lámpara de araña. Si no obtuviera un beneficio, ¿qué objeto tendría soñar con elementos en clave que habrían de esperar hasta finales del siglo XIX para cobrar sentido?

Nada es lo que parece: el inconsciente

Con cierta frecuencia, en realidad casi todos los días, María pasa un rato dedicada a una curiosa actividad. Ella no lo recuerda pero cuando tenía cinco años la realizó por primera vez junto a su padre. María ni siquiera sabe cómo es capaz de hacerlo. Podría decirse que algunas de las cosas que hace durante ese rato son totalmente inaccesibles a su conciencia. Si le preguntamos el procedimiento que sigue, le costará bastante darnos una explicación. Es más, según los hallazgos de la neuropsicología moderna, si María tuviese una lesión en ciertas zonas del cerebro, ni siquiera sería capaz de nombrar esa actividad ni de recordar haberla realizado alguna vez en su vida, pero sería capaz de seguir haciéndola exactamente de la misma forma. Tal vez usted se sienta defraudado al saber que la actividad a la que nos referimos es la de montar en bicicleta.

Todos realizamos diariamente actividades de las que no recordamos el momento en que las aprendimos y que realizamos de forma automática y sin conciencia expresa del procedimiento. Tal vez por ser evidente, este hecho no ha recibido una especial atención en la historia del pensamiento, aunque muchos autores se han referido a él. Spinoza, por ejemplo, decía que «los hombres creen ser libres simplemente porque son conscientes de sus acciones e inconscientes de las causas por las cuales están determinadas estas acciones». Pero todo el mundo asocia el descubrimiento del

inconsciente con la figura de Sigmund Freud. Quizá la principal razón sea que nunca empleó ejemplos tan triviales como montar en bicicleta.

La actual psicología cognitiva ha estudiado muy extensamente gran cantidad de procesos inconscientes, pero nunca ha especulado con la existencia de una entidad casi con vida propia, como una especie de hombrecillo que vive dentro de nosotros, como hace el psicoanálisis, un hombrecillo pícaro y egoísta que busca el placer por encima de todo y que a menudo nos juega malas pasadas, como en lapsus lingüísticos como éste:

—¿Estado civil?

—Cansado.

Freud trató de explicar errores de este tipo al suponer que en ellos emergen elementos reprimidos de nuestra conciencia. Cuando alguien comete un lapsus como el anterior estaría abriéndonos una ventana a su inconsciente, es decir, a sus verdaderos deseos ocultos. Por ejemplo, la persona que responde «cansado» a la pregunta por su estado civil estaría expresando en realidad algo que es incapaz de reconocer conscientemente: que se encuentra harta de su matrimonio. En este sentido, el lapsus freudiano es un acto impúdico: nudismo mental. Quien comete uno de estos lapsus está mostrando algo que le gustaría ocultar o incluso que él mismo desconoce. La explicación de los lapsus lingüísticos es un buen ejemplo de la concepción del psicoanálisis de la estructura de la mente como una especie de campo de batalla con tres bandos: el Yo trataría de expresarse de una forma más o menos razonable, el Superyó procuraría evitar que se dijese cosas inapropiadas o contrarias a las convenciones sociales, y el Ello, el hombrecillo malicioso, se colaría por las rendijas para hacer ver a todo el mundo sus verdaderas intenciones. Como un exhibicionista, aprovecharía cualquier descuido del hablante para proclamar: «No soporto a mi mujer», y salir corriendo.

El estudio de los errores es una buena fuente de información sobre el funcionamiento de cualquier proceso. La forma como se producen los olvidos nos dice mucho sobre el funcionamiento de la memoria y las falacias en que incurren las personas nos hablan de cómo hacen para razonar cotidianamente. En el estudio de la producción del lenguaje, una de las fuentes de información más utilizada ha sido tradicionalmente la de los lapsus lingüísticos. Las explicaciones de la psicología científica no son aquí tampoco tan llamativas como las del psicoanálisis, pero son la base de algunos de los principales modelos teóricos sobre producción del lenguaje, es decir, sobre cómo hacemos para hablar. En estos modelos se contemplan varios niveles o subprocessos que operan de modo más o menos independiente y dan lugar a interesantes influencias mutuas. Por ejemplo, en la producción errónea de la palabra «cansado» influiría especialmente el nivel fonológico, puesto que esta palabra se parece mucho a «casado», que sería la producción correcta. Evidentemente, una

persona soltera, por más harta que esté de su soltería, no dirá que su estado civil es «cansado» en lugar de «soltero». El parecido entre el sonido de las palabras tiene una gran relevancia en los lapsus lingüísticos y así se ha demostrado en numerosos estudios (eso sí, estudios que emplean un adecuado control experimental y que no se basan en meras intuiciones realizadas en un despacho o junto a un diván).

Esto no quiere decir que el nivel fonológico sea el único que interviene en los errores lingüísticos. También lo hace en gran medida el nivel semántico o del significado. Por ejemplo, si manipulamos adecuadamente el contexto de una frase, puede suceder que cualquier palabra introducida en dicho contexto adquiera el significado que propicia la frase. Si decimos: «Entre los milagros de Jesucristo se encuentra hacer hablar a los ciegos», usted se dará cuenta de que es necesario pensar dos veces esta frase para advertir que el hecho de que hablen los ciegos no es un fenómeno particularmente milagroso. En los errores de comprensión y producción del lenguaje participan, por tanto, elementos relacionados con el contexto y éste se ve influido por las intenciones del hablante, pero esto no significa que los lapsus sean manifestaciones de una voz oculta dentro de nosotros. Muy recientemente, la ministra de Agricultura y Pesca del gobierno de España tuvo la triste misión de decir unas palabras sobre unos pescadores desaparecidos en el mar. En tal circunstancia cometió un lapsus al decir que aún se albergaban esperanzas de «encontrar con vida a los cinco cadáveres» de los marineros desaparecidos. Evidentemente, en este lapsus influye su propio pensamiento sobre la dureza de la situación (factores semánticos y de expectativas), pero en ningún modo se le puede atribuir algún tipo de intención oculta y maligna sobre el destino de los pescadores.

Como hemos dicho, múltiples actividades cotidianas se realizan de forma inconsciente. Entre ellas, casi todas las que tienen que ver con la comprensión y producción del lenguaje. Nadie busca el significado de las palabras en su mente de una forma consciente e intencional como lo haría en un diccionario. En realidad, no sabemos cómo lo hacemos y tampoco cómo somos capaces de darnos cuenta inmediatamente si en una oración aparece un error de sintaxis. Por ejemplo, si una frase empieza diciendo: «Pedro venía por...» el oyente espera una designación de lugar o de tiempo (como «la calle» o «la tarde») porque la frase demanda un complemento circunstancial y resultaría muy extraño que apareciera cualquier otra cosa (como «Pedro venía por favor»). Pero para hacer esto no es necesario llevar a cabo un análisis sintáctico consciente de la estructura de la frase. Cualquier persona es capaz de asimilar la sintaxis de su lengua nativa sin esfuerzo y mientras realiza cualquier otra tarea. Podemos hablar mientras caminamos, conducimos o vemos la tele. Este proceso es lo bastante llamativo, cuando pensamos detenidamente en él, como para no tener que recurrir a la existencia de un inconsciente intencionalmente malicioso para que el estudio de la mente nos resulte estimulante.

Es inexacta la afirmación por parte del psicoanálisis de que la psicología científica ha excluido lo inconsciente de su objeto de estudio. Tal vez el error provenga de que durante mucho tiempo la psicología científica ha estado dominada por la corriente conductista, la cual consideraba que sólo la conducta observable podía ser un riguroso objeto de estudio. Sin embargo, ni siquiera los conductistas más radicales como Skinner negaron la existencia de variables inconscientes. En sus propias palabras, «todo comportamiento es fundamentalmente inconsciente, en el sentido de que se elabora y se mantiene aprovechando unas contingencias eficaces incluso cuando no son objeto de ninguna observación ni de ningún análisis». Es cierto que la psicología científica ha recurrido esencialmente al comportamiento observable como principal resultado medible de la actividad mental: no podía ser de otra forma si se querían obtener resultados objetivos. Pero a partir de estos datos se han desarrollado, sobre todo en los últimos años, interesantes conjeturas y teorías sobre el funcionamiento, tanto consciente como inconsciente, de la mente.

La diferencia esencial entre la concepción psicoanalítica del inconsciente y el punto de vista científico sobre los procesos no conscientes es que el psicoanálisis dota al inconsciente de una especie de vida propia, mientras que la psicología científica no lo trata como una entidad independiente sino como una característica de ciertas actividades, por lo demás bastante frecuentes. Sin embargo, aquello de lo que no tenemos conciencia parece gozar popularmente de un estatus especial, casi fantasmagórico, lo que hace que a veces se propaguen ideas inexactas sobre el poder real de lo inconsciente.

A finales de la década de 1950 se hicieron muy populares los resultados de un trabajo realmente novedoso en el campo de la publicidad llevado a cabo por James Vicary, que no era psicólogo sino un investigador de mercados. Durante la proyección de una película se proyectaron, supuestamente, anuncios de una famosa bebida carbónica («Beba Coca-Cola»). Lo novedoso era que los anuncios eran proyectados durante menos de una décima de segundo y a intervalos de cinco segundos. En una proyección tan rápida, los espectadores no llegaban a tener conciencia de haber visto el mensaje publicitario; sin embargo, al parecer, el consumo de esta bebida aumentó notablemente después de la proyección. La mayor parte de los experimentos psicológicos no adquiere relevancia social alguna; sin embargo, hay experimentos como éste que acabamos de citar que ejercen un notable impacto popular e incluso consiguen cambiar las leyes de algunos países, a pesar de que no se han realizado nunca o sus resultados han sido claramente tergiversados. En efecto, varios países se apresuraron a desarrollar una legislación sobre publicidad subliminal. No podía consentirse que los consumidores fueran marionetas en manos de aquellos publicistas capaces de hurgar directamente en su inconsciente. Los resultados no pudieron reproducirse nunca y el propio autor del estudio afirmó que la difusión de

aquellos resultados no era sino una campaña publicitaria de la propia bebida que se anunciaba, pero no por esto se detuvieron los planteamientos *conspiranoicos* sobre cómo podíamos ser manipulados por gobiernos, sectas y multinacionales mediante la publicidad subliminal.

Esto no quiere decir que la información subliminal no pueda tener algún efecto sobre la conducta, pero tal efecto no tiene un carácter demasiado especial respecto a la información conscientemente percibida. Numerosos estudios (probablemente miles) indican que la lectura o audición de palabras, así como la visión de rostros u otros objetos, puede afectar a una tarea posterior por un efecto de anticipación. Es decir, si nos presentan, por ejemplo, una palabra durante un período de tiempo tan corto que no fuésemos conscientes de haberla percibido, esta palabra no por ello dejará de influir en el tiempo de lectura de la siguiente palabra presentada en una serie (por ejemplo, leeremos «blanca» más rápido después de leer «nieve» que después de leer «noche»). Pero en ningún modo lo hará en mayor medida de lo que lo haría la misma palabra presentada durante un intervalo lo bastante largo como para ser percibida conscientemente.

En un estudio reciente dirigido por el profesor Winkielman, de la Universidad de California en San Diego, se presentó a un grupo de personas fotografías de caras, sonrientes una vez y enfadadas otras, y se midió la cantidad de refresco que esas personas se servían después de cada presentación. Parece ser que las caras sonrientes inducían un estado de ánimo más afable y que esto afectaba al comportamiento aumentando la cantidad de bebida ingerida. Sin embargo, sólo sucedió cuando los participantes en aquella investigación tenían sed. Nadie pudo ser sugestionado sin sed mediante información subliminal. Además, la percepción consciente de rostros alegres influye también de igual manera (como saben todos los anunciantes, que no suelen utilizar caras depresivas en sus anuncios). En la información inconsciente no parece haber nada tan extraordinario que pueda anular nuestra voluntad.

En otro estudio se sometió a un grupo de personas a una tarea que consistía en apretar un dispositivo capaz de medir la presión sobre él y obtener una recompensa, que podía ser de una libra esterlina o un penique. En algunos ensayos se proyectaba subliminalmente la imagen de una libra o de un penique antes de que la persona apretara el dispositivo. Los participantes apretaron más fuerte cuando se les presentó la imagen de la moneda de mayor valor, a pesar de que no eran capaces de informar sobre qué tipo de imagen se les había proyectado. Este efecto de la información inconsciente es realmente interesante para entender el funcionamiento de la mente, pero un dato importante a tener en cuenta es que no es un efecto exclusivo de la información inconsciente. De hecho, en este mismo estudio, cuando los estímulos se presentaban durante el tiempo suficiente para ser conscientemente registrados por los sujetos, la influencia de la cuantía del premio (una libra o un penique) fue aún mayor.

Es resumen, hay pruebas de que la información inconsciente puede influir en nuestro comportamiento. Sin embargo, no lo hace de una manera misteriosa o revelando la mano oculta de nuestros más inconfesables deseos, sino de una manera muy similar a como opera la información consciente, aunque frecuentemente más atenuada.

3. El psicoanálisis no es útil como conocimiento psicológico

El siglo XVIII fue, tal vez, el más relevante en la historia de la electricidad. Franklin comprobó que los relámpagos se debían a la actividad eléctrica; Galvani, que los impulsos nerviosos eran de la misma naturaleza que los relámpagos; y Volta, que la electricidad podía derivar de reacciones químicas. Algunos de los mayores descubrimientos sobre la electricidad se llevaron a cabo, efectivamente, en ese siglo: lo más curioso es que en esa época nadie sabía qué era la electricidad.

Hemos visto que el psicoanálisis resulta absolutamente insatisfactorio como teoría de la mente. Sus presupuestos no han podido demostrar su exactitud, porque en la mayoría de los casos no eran directamente comprobables y porque cuando lo eran la realidad se ha empeñado en chocar contra ellos. Aunque el criterio utilizado quizá se considere demasiado riguroso. Alguien podría decir que Freud no sabía lo que decía pero fundó una disciplina que ha ayudado a muchas personas a librarse de sus problemas neuróticos, ha dado una explicación completa del desarrollo humano y ha inaugurado un fructífero movimiento cultural. Es decir, las propuestas del psicoanálisis pueden ser erróneas, pero las consecuencias prácticas de su aplicación pueden fundamentar que se mantenga como profesión. Benjamín Franklin no tenía claro en qué consistía la electricidad, pero el pararrayos sirvió para salvar vidas. Tal vez Freud no acertó a desarrollar una teoría científica sobre la mente humana, pero... ¿el psicoanálisis sirve para algo?

En este capítulo exploraremos la posibilidad de que el psicoanálisis resulte útil en algún sentido. Por ejemplo, podría darse el caso de que las personas mejorasen de sus problemas psicológicos al ser sometidos a la psicoterapia analítica. También pudiera suceder que el psicoanálisis llegara a conformar una explicación completa del desarrollo humano como fuente de los problemas psicológicos adultos y origen de la personalidad. Incluso hay quienes consideran que el psicoanálisis puso sobre la mesa algunos problemas que no se habían planteado previamente y diseñó ciertas estrategias para su abordaje, es decir, que la psicología clínica actual es deudora del enfoque psicoanalítico en diversos aspectos. Una respuesta afirmativa a cualquiera de estas cuestiones nos llevaría a pensar que, si el psicoanálisis no se ha demostrado como teoría psicológica razonable, al menos ha sido útil en algunos campos. En palabras del psicoanalista Jacques Lacan, «un analista no sabe lo que dice pero sí debe saber lo que hace».

¿Qué es la psicoterapia?

La imagen prototípica del psicoanálisis es la de una persona recostada en un diván que habla largamente mientras un terapeuta con rostro pensativo toma notas a sus espaldas. Ya dijimos en el primer capítulo que el psicoanálisis surge de una tradición clínica y se aplica inicialmente al tratamiento de las neurosis, aunque con posterioridad se planteó como una teoría general de la mente. No es inadecuada, por tanto, la idea popular del psicoanálisis como algo esencialmente centrado en el tratamiento. Para Freud, el psicoanálisis debía realizarse ajustándose exactamente al prototipo: es decir, la persona está tumbada en el diván y lleva a cabo una asociación libre interrumpida sólo esporádicamente por el analista para realizar alguna interpretación. Las sesiones se desarrollan diariamente y durante varios años, por lo que el coste es realmente elevado. Además, si el paciente falta a alguna sesión es importante que la pague igualmente (esto, evidentemente, por razones terapéuticas). El síntoma más claro de resistencia al tratamiento es eludir las sesiones. Si de este hecho se deriva algún beneficio económico para el analista, ello no es especialmente relevante. Es importante, según Freud, evitar el contacto ocular entre analista y paciente: por esta razón el terapeuta se sienta detrás del diván. Alguien puede pensar maliciosamente que esto a su vez le permite dar alguna cabezada con pacientes de vida particularmente aburrida. En la actualidad hay multitud de variantes de terapias analíticas o psicodinámicas que han cambiado algunos de estos planteamientos. Concretamente, muchas de ellas se han centrado en la reducción del tratamiento, de modo que se aplica a personas sin tantos recursos económicos ni disponibilidad de tiempo. Pero todas esas terapias mantienen algunos de los elementos citados y, en cualquier caso, el espíritu de la idea de Freud de la curación por la palabra.

En este capítulo queremos someter a prueba la utilidad del psicoanálisis como tratamiento de las dolencias de los enfermos mentales. Ya hemos cuestionado la validez científica y teórica de los postulados principales del psicoanálisis, pero es posible que, aun partiendo de premisas erróneas, el tratamiento psicoanalítico tenga alguna utilidad. Es posible que algo funcione sin que conozcamos la causa que está actuando. En tal caso, podríamos basarnos en razones pragmáticas para defender su uso.

Usted tal vez se pregunte si la utilidad terapéutica atribuida desde el principio al psicoanálisis se debe a que Freud obtuvo resultados espectaculares con sus pacientes. Lamentablemente, éste no parece ser el caso. Como hemos dicho, el criterio de éxito de la terapia psicoanalítica es difícil de contrastar con la realidad. Al fin y al cabo, el analista es quien decide cuándo está curado el paciente, y esto lo hace incluso por encima de la opinión del propio paciente. El caso que dio carta de nacimiento al psicoanálisis, el de Anna O., es un buen ejemplo. Después de que Freud proclamara

su curación por la palabra en una carta, Breuer, el médico que realmente la trató, comunicó a Freud que la paciente estaba muy mal y que lo único que podría librarla de sus sufrimientos era la muerte. Anna O. fue ingresada posteriormente en un sanatorio para enfermos mentales. El éxito del psicoanálisis no fue, al parecer, demasiado espectacular.

En la época de Freud la neurología se encontraba aún en un estadio muy precario de su desarrollo. Los métodos de diagnóstico más habituales en la actualidad, como el electroencefalograma, ni siquiera existían (los estudios en seres humanos comenzaron en 1920). Esto llevaba a que la mayor parte de las lesiones neurológicas internas, es decir, las que no provienen de heridas abiertas en la cabeza, más ciertos tipos de epilepsia, no fuesen diagnosticadas. Respecto al caso de Anna O., a partir de las descripciones de Breuer y Freud y de alguna información adicional de que se dispone, algunos autores consideran que probablemente padecía epilepsia del lóbulo temporal, lo que explicaría sus problemas de visión doble o borrosa, su dificultad para reconocer caras y la orientación espacial de objetos, etc. Además, sus dificultades para hablar, que podrían estar relacionadas con una afección del área de Broca, corresponderían precisamente con las parálisis que se producían en su mano derecha (las áreas cerebrales circundantes de esta zona del lenguaje corresponden precisamente al control del movimiento del lado derecho del cuerpo). Otros casos de Freud han sido rediagnosticados como ejemplos de enfermedades neurológicas como el síndrome de Tourette.

Otra de las pacientes más famosas de Freud, Dora, fue diagnosticada inmediatamente de neurosis histérica, a consecuencia de la cual, al parecer, sufría dolores abdominales y cojeaba del pie derecho; además, tenía dificultades para respirar. Freud atribuyó esos dolores a un presunto embarazo psicológico, la cojera al pensamiento reprimido de haber dado «un paso en falso» que tuviera como consecuencia dicho embarazo, y las dificultades de respiración al trauma producido por haber asistido al jadeo de su padre mientras realizaba el acto sexual. Lo cierto es que Dora había sido diagnosticada de apendicitis y asma antes de acudir a la consulta de Freud, pero éste rechazó el diagnóstico. No es extraño que una persona que sufra de apendicitis manifieste dolores en la pierna derecha. Desde luego, la interpretación de Freud resultaba mucho más llamativa que la historia de una chica con asma y apendicitis; mucho más dramático es el caso de una chica de 14 años que, según Freud, sufría de una «inconfundible histeria». Dicha histeria parece que remitió con el tratamiento a que fue sometida por parte de Freud. A pesar de ello, la chica siguió quejándose de dolores abdominales, lo que Freud atribuyó a cierta resistencia a la curación, típica en la histeria. Lamentablemente, Freud estaba, al menos en parte, equivocado: la chica murió dos meses después de un sarcoma abdominal. Ante ello, Freud argumentó que la histeria había hecho uso del tumor para manifestarse de esa

manera y no de otra. Como puede apreciarse, no era fácil que Freud reconociera sus errores. Parece ser que cualquier paciente que acudiera a su consulta debía corroborar de algún modo sus presupuestos teóricos, lo que no es más que un ejemplo de la búsqueda de verificación de hipótesis a que nos referimos anteriormente.

A pesar de lo limitado de sus logros, la apuesta de Freud era bastante fuerte: el psicoanálisis es no sólo un tratamiento eficaz para las enfermedades mentales sino, además, el único adecuado. La razón es que el psicoanálisis entra a modificar las causas originales del trastorno y no simplemente a disimular los síntomas. Veamos un ejemplo: un paciente acude a la consulta de un psicoanalista con la intención de dejar de fumar. Existen numerosos tratamientos para dicha adicción. Algunos se basan en la modificación de un comportamiento que resulta inadecuado por sus consecuencias y que el sujeto realiza en cierta forma contra su voluntad. Otros hacen énfasis en variables fisiológicas y suministran, por ejemplo, dosis sustitutorias de nicotina. Otros tratamientos pretenden convencer al paciente mediante técnicas persuasivas para que deje «el vicio». Por último, otros tratamientos pueden utilizar una combinación de los presupuestos anteriores. Para el psicoanálisis, ninguno de ellos va a la raíz del problema. El analista tal vez encuentre que la conducta de fumar de su paciente es el resultado de ciertas fijaciones producidas durante la etapa oral. El paciente fuma porque busca inconscientemente el placer a través de su boca. Si unos parches de nicotina o un tratamiento psicológico de otro tipo consiguen eliminar la conducta de fumar, desde la perspectiva del psicoanálisis estarán únicamente tapando el síntoma. La persona seguirá con su fijación oral y tratará de canalizarla de otra manera. Es decir, el psicoanálisis no pretende ser un tratamiento más sino algo único como vía de curación de los trastornos mentales. Otros procedimientos serían meros parches (de nicotina o no).

Esta pretensión de hegemonía tiene las mismas consecuencias para el tratamiento que otras pretensiones del psicoanálisis para otros aspectos de la doctrina: resulta particularmente difícil comparar la terapia analítica con cualquier otra puesto que sus intenciones son supuestamente distintas. Dicho de otra forma, no está claro cuál puede ser el criterio de éxito de la terapia analítica. Tengamos en cuenta que, según el psicoanálisis, debemos suponer que una persona que acude a un profesional para dejar de fumar y lo consigue no se ha curado (puesto que simplemente se ha librado de uno de sus síntomas), mientras que otro que sigue fumando tras dos años de análisis está, tal vez, en vías de resolver sus conflictos. Parece a veces que todo el edificio del psicoanálisis está construido para evitar que alguien pueda poner a prueba sus afirmaciones de forma objetiva.

A pesar de que no existen criterios claros de comprobación para el éxito terapéutico del psicoanálisis, puesto que parece ser parte de la propia esencia de esta disciplina no proporcionarlos, algunas asociaciones independientes se han prestado a

comparar la eficacia de distintos tipos de tratamiento. En 1993 una comisión puesta en marcha por el departamento de psicología clínica de la Asociación Americana de Psicología evaluó la eficacia de distintos tipos de tratamiento psicológico. Basándose en estudios empíricos, algunos de estos tratamientos recibieron la etiqueta de «tratamientos eficaces». Eran los que habían mostrado mejores resultados que la ausencia de tratamiento, o al menos equivalentes a otros tratamientos ya establecidos. Tales resultados debían haberse demostrado al menos por parte de dos grupos de investigación independientes y las investigaciones debían contar con un número adecuado de pacientes. Es interesante hacer notar que no hubo un tratamiento psicoanalítico que entrara en esa categoría, en la que sí aparecen diversos tratamientos de naturaleza cognitivo-conductual. Cuando se relajan los criterios se demuestra la eficacia ocasional de algunos tratamientos psicoanalíticos (es decir, para ciertos trastornos pueden resultar preferibles a la ausencia total de tratamiento). Dicho de otra forma, no se ha demostrado con rigor la eficacia del psicoanálisis.

Desde luego, el tratamiento psicológico es en cierta manera diferente a otras intervenciones que pueden someterse a criterios de eficacia. Podemos decir que es como si, para arreglar el motor de un coche, la primera condición fuese que el motor deseara ser arreglado. A la hora de cuantificar la eficacia de un tratamiento psicológico es necesario tener en cuenta multitud de variables que tienen que ver con la predisposición del paciente y que no han de atribuirse exclusivamente al tipo de terapia aplicada. Si una persona acude a un terapeuta de cualquier tipo para resolver un problema, debemos suponer de antemano que tiene cierto interés por el cambio. En el ejemplo anterior, si alguien acude a una consulta para dejar de fumar, es probable que tenga cierta motivación para hacerlo. Por tanto, si un tratamiento es solamente mejor que la ausencia de tratamiento, no hay por qué atribuirle ninguna efectividad intrínseca. Diversos estudios han demostrado que el efecto placebo, es decir, la simulación de un tratamiento farmacológico, suele ser preferible a la ausencia de tratamiento en enfermedades de muy diversa índole. Es de suponer que en los trastornos psicológicos este efecto será mucho mayor.

Diversos estudios han tratado de cuantificar el peso de cada uno de estos factores en la terapia psicológica. Algunos de los más citados, tras analizar cientos de situaciones terapéuticas, han concluido que sólo el 15% de la mejoría experimentada por los pacientes puede atribuirse directamente a la técnica psicológica concreta empleada en su tratamiento. Es decir, la mayor parte de esta mejoría se debe a variables relacionadas con la situación del propio paciente y otras incluso con la propia relación personal que mantenga éste con el terapeuta. No debe extrañarnos que, para ciertas personas y en ciertas situaciones, hablar de sus problemas con un psicoanalista sea mejor que no hacerlo con nadie. Aunque siempre puede darse el caso de que no tengamos ningún amigo capaz de soportar nuestros problemas o que

nos sobre el dinero. Pero al precio a que está la hora de psicoanálisis (unos 60 euros en España en 2008), en sesiones diarias o semanales durante varios años, y teniendo en cuenta la exigua efectividad demostrada, es preferible buscar a un amigo al que contarle los problemas.

No obstante, el psicoanálisis (o la charla con el amigo) puede tener la consecuencia negativa de disuadir al paciente de acudir a un profesional que utilice un tratamiento efectivo para su problema. En el ejemplo anterior de dejar de fumar, donde existen tratamientos de demostrada —aunque limitada— eficacia, sería una lástima que una persona motivada acabara perdiendo su tiempo y su dinero tumbada en un diván y hablando de los recuerdos de su infancia. Además, ya hemos dicho que el criterio de éxito del psicoanálisis es bastante *sui géneris*: básicamente depende de la opinión del analista. Esto conlleva la desventaja adicional de que raramente se hace un seguimiento de los casos una vez concluido el análisis; es decir, si el psicoanalista considera que una persona ha superado sus problemas, no hay razón para esperar que vuelvan. Sin embargo, no parece que ésta sea la realidad de los trastornos psicológicos. De hecho, es muy frecuente que las personas acudan a consulta precisamente en el momento en que se encuentran peor. El carácter cíclico de algunos trastornos hace que sea muy probable que la persona mejore al poco tiempo, no por efecto de la terapia sino sencillamente porque después del peor momento suele venir uno algo mejor. Renunciar a un seguimiento del caso puede tener graves consecuencias.

Las sesiones de psicoanálisis se utilizan con frecuencia con una intención que no puede calificarse exactamente de terapéutica. Hay personas que acuden al psicoanalista sin tener problemas psicológicos específicos. En ciertas épocas y en ciertos países se ha puesto de moda entre la clase social acomodada (dado el precio de las sesiones) psicoanalizarse por gusto. Además, como ya dijimos, las diversas asociaciones psicoanalíticas exigen que los futuros psicoanalistas completen su psicoanálisis antes de estar capacitados para trabajar. Los criterios para este tipo de análisis son todavía más dudosos que los de un tratamiento. En realidad se trata, simplemente, de que las personas se encuentren satisfechas con la manera en que emplean su dinero. La única consecuencia negativa que se desprende inicialmente de esta práctica es que los psicoanalistas ven artificialmente reforzadas sus hipótesis al llenar su consulta de personas que acuden con una formación previa en psicoanálisis y que tenderán a dar datos favorables a la teoría psicoanalítica. Una consecuencia más grave es la posibilidad de que la propia situación analítica implante en los pacientes falsos recuerdos sobre su vida, tengan problemas mentales o no. Pero este asunto tiene la relevancia suficiente para que lo veamos en mayor profundidad en el capítulo 4, al tratar específicamente de los falsos recuerdos.

Sobre el sexo de los ángeles

Erase una vez un niño que no quería ir al parque. Al parecer, tenía miedo de salir a la calle porque había caballos. Tenía cinco años y temía que algún caballo pudiera morderle. Sus padres eran amigos del prestigioso doctor Freud y le contaron la situación. El caso ha pasado a la historia del psicoanálisis como el de «el pequeño Hans». Para muchos psicoanalistas se trata del primer psicoanálisis infantil, aunque Freud personalmente vio al niño una sola vez; sin embargo, se lo tomó bastante en serio. Enseguida advirtió que el temor del niño era una consecuencia directa del complejo de Edipo. El niño quería volver a casa para ser acariciado por su madre y temía precisamente a los caballos por ser animales, según Freud, con grandes penes y, según el propio Hans, por tener cosas negras alrededor de la boca y los ojos. Esta descripción sirvió a Freud para pensar que el niño identificaba la cara de los caballos con la de su padre, que tenía bigote y gafas. Su padre podría morderle (castrarle) si descubría sus propósitos incestuosos.

Freud hizo lo que pudo por aliviar la situación de aquella familia. Como medida de emergencia pidió a los padres que informaran inmediatamente al niño de que las niñas no tenían pene. Y además, que le advirtieran del origen sexual de su afección. Algo así como: «¿No será que estás asustado por tu padre precisamente porque él siente mucho afecto por tu madre?». En aquella única sesión terapéutica, y en la correspondencia con el padre de Hans, Freud puso todo su empeño en que el niño asumiera que no había razón para temer a su padre. Curiosamente, a lo que Hans temía era a los caballos y mostraba bastante afecto por su padre, claro que Freud interpretaba este hecho como un mecanismo de defensa por «formación reactiva» (es decir, cuando una persona expresa la emoción contraria a la que realmente siente). Algunos terapeutas de diferente orientación interpretaron posteriormente que un hecho narrado a Freud por el padre de Hans podía tener tal vez alguna importancia en el caso: al parecer, poco antes de empezar su fobia a los caballos, el niño había asistido a un grave accidente de un coche de caballos. Freud no dio ninguna importancia a este hecho, al fin y al cabo no tenía nada que ver con el sexo.

La idea de Freud sobre la activa vida sexual infantil fue, sin duda, una de las que le reportaron mayor fama. La mayoría de los psicoanalistas se apresuran a afirmar que esta idea era absolutamente escandalosa en la época victoriana y presentan a Freud como un hombre que luchaba contra los prejuicios más arraigados para colocar la bandera de la ciencia en la colina más inaccesible del prejuicio. La verdad es que la idea en cuestión era extraordinariamente llamativa, y allá donde iba sus conferencias se llenaban de personas ávidas de ver de cerca a aquel doctor de aspecto tan académico y con barba blanca que hablaba todo el rato de sexo. Y dentro de todo aquello, uno de sus argumentos más provocadores era el del complejo de Edipo: los

niños alrededor de los cinco años sienten, según Freud, un profundo deseo sexual hacia sus madres, con la consecuencia de querer matar a sus padres para poder así satisfacerlo sin competencia.

Curiosamente, en la misma época otro investigador se refirió al mismo asunto pero alcanzó bastante menos fama: el antropólogo Edvard Westermarck, descubridor del efecto que lleva su intrincado nombre. El efecto Westermarck consiste en que, si dos personas permanecen mucho tiempo juntas durante la infancia de cualquiera de ellas o de las dos, es muy improbable que posteriormente se observe deseo sexual entre ellas. Dicho de otra forma, si hemos conocido desde pequeña a otra persona es menos probable que cuando llegue a la edad adulta nos sintamos atraídos por ella, y recíprocamente, aquella persona tampoco se sentirá atraída por nosotros. Si Freud había atribuido el tabú del incesto a una reacción contra el complejo de Edipo, Westermarck lo consideró una mera consecuencia de cierta tendencia innata: una tendencia implantada por la selección natural para evitar los indeseables efectos de la consanguinidad. Por ejemplo, un estudio epidemiológico reciente indica que entre la población en general un 5% de las personas nace con ciertas malformaciones, pero que este porcentaje aumenta hasta el 40% en casos de consanguinidad directa. No es extraño que la selección natural haya propiciado algún mecanismo para paliar este problema. Investigaciones antropológicas desarrolladas en la segunda mitad del siglo XX parecen confirmar la hipótesis de Westermarck. En ciertas comunidades agrícolas israelí-es, los niños son educados en parejas desde pequeños sin que exista relación biológica entre ellos y se ha descubierto que los matrimonios u otro tipo de relaciones sentimentales son mucho menos probables entre los miembros de estas parejas que con otros miembros de la comunidad. Algo parecido sucedía con una costumbre taiwanesa que consistía en que una familia cedía una hija para que viviera desde pequeña con la familia de su futuro esposo: se halló que tales matrimonios no solían tener éxito por la ausencia de atracción sexual entre los cónyuges.

Las pautas para evitar la consanguinidad no son exclusivamente humanas. Entre los chimpancés, por ejemplo, los machos adolescentes suelen abandonar su grupo para unirse a otro en el cual aparearse. Esta tarea es bastante costosa y algunos de los jóvenes primates hallan la muerte a manos de los machos del nuevo grupo o por los ataques de fieras (al pasar mucho tiempo sin integrarse en el grupo). Comportamientos similares se han encontrado en otras muchas especies, incluso en ardillas y hámsteres, por lo que no parece que dependan de complejos mecanismos psicodinámicos, como mantenía Freud.

A diferencia de los hámsteres, los seres humanos sabemos en la mayoría de los casos quiénes son los miembros de nuestra familia y podemos utilizar mecanismos conscientes para evitar el incesto. Sin embargo, es posible, puesto que el fenómeno no es exclusivo de nuestra especie, que el mecanismo esté «cableado» en nuestros

cerebros de otra manera, de forma que pueda ser compartido por otros animales. Por ejemplo, parece que las personas tendemos a rechazar como parejas sexuales no sólo a quienes se han criado con nosotros sino a aquéllos que se parecen demasiado a uno mismo y a los miembros de su familia. Esto es lo que parece demostrar un trabajo experimental publicado recientemente. Mediante el ordenador se manipularon rostros humanos para que tuvieran un cierto parecido con el propio sujeto o con los miembros de su familia. Las personas informaron posteriormente de que estos rostros pertenecían a personas fiables con las que podrían tener una buena amistad. Sin embargo, se sentían menos atraídas sentimentalmente por ellas, tanto para una relación sexual esporádica como para otra a largo plazo, que por otros rostros que no mostraban este parecido. Diríamos que quienes se parecen a los miembros de nuestra familia nos inspiran confianza, pero quienes no se parecen nos atraen más.

Al contrario de lo que plantea el psicoanálisis, no parece que las normas sociales tengan que lidiar con extraordinarias reticencias psicológicas para evitar el incesto. Las personas no se sienten normalmente atraídas por sus hermanos o hermanas o por los miembros más cercanos de su familia y, salvo raras excepciones, la sociedad y los sistemas educativos no parecen especialmente preocupados por ello. Si la tendencia fuera tan generalizada como defiende el psicoanálisis, es decir, si todos los varones se sintieran especialmente atraídos por sus madres y desearan asesinar a sus padres, tal vez la sociedad se hubiera hecho eco de ello.

Más allá del complejo de Edipo, lo más sorprendente del psicoanálisis en este asunto es la idea de que las experiencias sexuales de la primera infancia condicionan todo el desarrollo de nuestra personalidad. Para sustentar esta hipótesis deberíamos partir de dos supuestos: que los niños son capaces de tener vida sexual desde muy temprana edad y que, además, tienen la capacidad de recordar dichas experiencias. Lamentablemente para el psicoanálisis, los dos supuestos parecen ser falsos a la luz de la ciencia. El primero de ellos debe su falsedad al hecho de que el principal órgano sexual del ser humano —el cerebro, contra lo que pensaba Freud— tiene un desarrollo muy tardío en estos asuntos. Precisamente, aquellos aspectos del desarrollo cerebral que son responsables anatómicamente de la sexualidad son los que maduran de forma más tardía. Por ejemplo, el hipotálamo de un niño y el de una niña son idénticos hasta los cuatro años de edad y esta parte del cerebro es la que se encarga de las funciones sexuales. A partir de esta edad, la diferencia es tan paulatina que resulta muy improbable que los supuestos intereses sexuales de niños y niñas difieran durante esa época. Por supuesto, antes de esa edad no existe ningún rastro anatómico en el cerebro que fundamente la adjudicación de una cierta relevancia a las funciones sexuales. Además, desde el punto de vista de la evolución darwiniana, sería muy difícil de explicar que el niño, un varón sin capacidad reproductiva, es decir, sin nada que ganar en términos de procreación, se enfrente sistemáticamente a otro, su padre,

que tiene un peso corporal seis veces superior. Deberían existir razones muy poderosas para un comportamiento suicida que contraviene, como decía Mario Bunge y así lo citábamos, principios científicos bien establecidos como, en este caso, el de la selección natural. El psicoanálisis no aporta razón alguna para esta supuesta tendencia.

La segunda razón por la que es difícil que las primeras experiencias sexuales determinen nuestra personalidad es que, aunque tales hechos hubiesen sucedido, sería muy improbable que los recordáramos, aun en la forma oculta que propone el psicoanálisis. Existe un fenómeno curioso relativo al funcionamiento de la memoria humana sobre el que todos hemos pensado seguramente alguna vez: el hecho de que existen unos años de nuestra vida sobre los que no tenemos recuerdo alguno. En psicología se suele denominar a este fenómeno «amnesia infantil» y consiste en que los adultos no son capaces de recordar prácticamente ningún hecho sucedido durante sus tres o cuatro primeros años de vida. Aunque el fenómeno había sido descrito con anterioridad por algunos psicólogos, Freud aportó la primera explicación extensa. Para Freud la amnesia infantil es consecuencia de la represión de sucesos traumáticos. Desde luego, se trata de una explicación incompleta, aun en el caso de que fuera cierta. Para aceptarla, deberíamos suponer que todos los sucesos anteriores a los tres o cuatro años de edad fueron traumáticos. En caso contrario, las personas recordarían algo de lo que les sucedió en esa edad, aunque olvidasen otras cosas. No parece que la vida de los niños sea tan terrible hasta los cuatro años y mejore drásticamente a partir de esa edad, de modo que podamos recordar casi todo lo que nos pasó después y casi nada de lo anterior. La propia existencia de la amnesia infantil imposibilita la influencia de las primeras experiencias en la personalidad del adulto y sume en el dominio del absurdo propuestas como la de Otto Rank a la que nos referimos en el capítulo 1, según la cual el trauma que se produce en el nacimiento es el principal determinante de nuestra personalidad.

La explicación científica de la amnesia infantil es todavía una cuestión abierta pero parece claro que depende de diversos factores, entre los cuales, tal vez, el más importante es que, durante los primeros años de desarrollo, en los seres humanos el cerebro se reorganiza drásticamente. En concreto, algunas áreas cerebrales muy relacionadas con la memoria —como el hipocampo y la corteza prefrontal— experimentan notables cambios. Un niño de dos años es capaz de retener información durante semanas o meses, pero cuando tenga cuatro años no recordará nada de lo que le sucedió entonces, simplemente porque su cerebro no es el mismo. Además, nuestra memoria depende mucho de representaciones lingüísticas, y durante ese período la capacidad para el lenguaje del niño evoluciona enormemente. Carecemos de claves lingüísticas para recordar lo que pensábamos en nuestros primeros años de vida. Es posible también que la percepción del mundo de un niño pequeño sea tan distinta de

la de un adulto que las claves perceptivas tampoco resulten muy útiles. En resumen, ni el cerebro infantil está maduro para las experiencias sexuales que propone el psicoanálisis ni, en caso de haberlas vivido, podrían influir en nuestro comportamiento adulto o en nuestra personalidad, porque no las recordaríamos.

Es decir, no es difícil explicar por qué olvidamos los primeros años de nuestra vida, aunque sea necesario continuar con la investigación para entender mejor los mecanismos. En todo caso, resulta superfluo acudir a la hipótesis de que todo lo que nos sucedió en esa época fue traumático. Además, esta observación, como muchas otras del psicoanálisis, choca directamente con el sentido común. A veces no es necesario diseñar complejos experimentos para darse cuenta de lo inverosímil de una teoría. Si la explicación psicoanalítica fuera cierta, la visita a un jardín de infancia sería una experiencia pavorosa: allí podríamos observar a una serie de personas viviendo las experiencias más traumáticas de sus vidas.

Eso ya lo decía Freud

Los lunes por la mañana, a la hora del desayuno, en cualquier bar o cafetería españoles puede uno encontrar los mejores entrenadores de fútbol del mundo. En casi todos ellos hay una o más personas que saben lo que debería haber hecho el entrenador para ganar el partido del domingo. Cabría preguntarse cómo es que los presidentes de los clubes no van por allí a buscar entrenadores. En realidad, es muy probable que la mayor parte de esos expertos tenga razón simplemente porque juega con una ventaja importante respecto al entrenador real: ya han visto el partido. En psicología suele llamarse a este fenómeno «sesgo retrospectivo» y consiste en que, una vez conocidas las consecuencias de algo, tendemos a modificar la idea previa que teníamos de él.

Supongamos que una persona se cuestiona antes del partido la decisión del técnico de no alinear al jugador X. Si, aun así, el equipo gana, esta persona tenderá a olvidar su crítica. Sin embargo, si pierde, recordará el hecho y el lunes dirá: «Si ya lo decía yo, tenían que haber alineado a X». Este sesgo influye enormemente en la interpretación de la historia. Una vez conocido lo que pasó, todos nos damos cuenta

de los errores cometidos por los gobernantes del pasado. Lo mismo sucede con la interpretación de teorías científicas que han sido rechazadas. A veces parece que quienes las propusieron eran ciegos a las pruebas que más tarde demostraron su falsedad. Pero las estrategias para los partidos de fútbol y las teorías científicas tienen algo en común: se contrastan con la realidad. Los partidos se ganan, se pierden o se empatan, y las teorías se verifican o se refutan. El psicoanálisis, no.

Es muy frecuente hallar en la teoría psicoanalítica actual gran cantidad de argumentos de entrenador de bar o cafetería de lunes a la mañana: «Esto ya lo decía Freud», se les oye decir cuando, por ejemplo, alguna teoría psicológica actual habla de procesos inconscientes. Desde luego, Freud dijo muchas cosas. Ya hemos visto en los capítulos anteriores que gran parte de ellas contenían errores importantes. Sin embargo, podría defenderse que, a pesar de los errores, Freud introdujo conceptos de gran utilidad en psicología. Algunos teóricos actuales del psicoanálisis se dejan llevar abiertamente por el sesgo retrospectivo cuando tratan de defender en foros científicos la relevancia actual del psicoanálisis. En ellos defenderán la importancia de la infancia en el desarrollo humano, tal como la propuso Freud, pero sin hacer mención del complejo de Edipo o de la envidia del pene. O destacarán la importancia de lo inconsciente para entender la mente humana, quitándole al inconsciente freudiano las connotaciones de «hombrecillo que vive dentro de nuestra cabeza» que tenía originalmente.

Usted pensará seguramente que cualquier científico o filósofo puede equivocarse a veces, y que Freud y otros psicoanalistas no están exentos de esa limitación. Sin embargo, veremos que los conceptos atribuibles al psicoanálisis que en la actualidad pueden mantenerse vigentes son tan generales y vagos que no sólo los admitiría cualquier persona en el siglo XXI sino que se habían defendido ya mucho antes de Freud.

El concepto más importante del psicoanálisis es, tal vez, el de inconsciente. Ya hemos visto en un capítulo anterior las diferencias en este asunto entre la posición de Freud y la de la psicología científica. Sin embargo, no es raro que muchos psicoanalistas e intelectuales citen actualmente a Freud como referencia cuando viene al caso hablar del inconsciente. Como ya dijimos, el inconsciente no fue en absoluto un descubrimiento de Freud. Sin embargo, no es infrecuente que, tras la publicación de algún hallazgo científico que incluye referencias al inconsciente, algún psicoanalista la recoja como una confirmación del inconsciente freudiano. Es el caso, por ejemplo, de los hallazgos neuropsicológicos sobre memoria explícita e implícita, es decir, respectivamente, aquella cuyos contenidos podemos describir y aquella que no.

Cuando se investigaron estos dos tipos de memoria con contenidos emocionales, se comprobó que los pacientes con lesiones en cierta zona del cerebro eran incapaces

de aprender la relación entre dos estímulos. Si se presentaban dos sucesos juntos sistemáticamente, esos pacientes eran incapaces de aprender conscientemente que había alguna relación entre ellos. Sin embargo, se descubrió que, si uno de los dos estímulos era desagradable, después de asociarlo repetidamente con otro neutro, los pacientes que no reconocían conscientemente la relación entre ambos estímulos respondían al estímulo neutro como si fuese desagradable. Dicho de otra forma, se había producido una asociación inconsciente entre el estímulo desagradable y el neutro.

Con frecuencia se ha citado este trabajo como una demostración científica de las ideas de Freud. Desde luego, el trabajo es de gran relevancia y ha influido en el conocimiento de las relaciones entre el aprendizaje y la emoción. Pero lo único que tiene que ver con el psicoanálisis es la mención de la palabra *inconsciente* (ni siquiera del concepto de inconsciente, que es distinto del psicoanalítico). Para Freud, los contenidos llegan al inconsciente a través de la represión, es decir: una relación que hemos aprendido conscientemente se reprime y pasa a ser inconsciente. Es verdaderamente curioso que se considere un apoyo a la teoría psicoanalítica el hallazgo de que pueden establecerse relaciones inconscientes entre fenómenos sin que hayan pasado por la conciencia o por un proceso de represión. Si el psicoanálisis fuese una teoría científica, deberíamos considerar el hallazgo precisamente como un dato para reformular la teoría psicoanalítica del inconsciente. Como no es así, los pocos psicoanalistas que se interesan por los hallazgos científicos lo consideran una prueba favorable para su teoría: «Si ya lo decía Freud...» Y lo hacen aunque el mecanismo no coincida con el predicho por el psicoanálisis y sólo tenga en común con él la referencia a algo inconsciente. Como ya dijimos, cualquier investigador del aprendizaje —y la mayoría no puede ser más contraria al psicoanálisis de lo que ya es— considera que muchas de las asociaciones entre fenómenos se establecen por aprendizaje de manera inconsciente.

Estudios recientes que han explorado el olvido intencional de recuerdos se citan a veces como apoyo de la teoría psicoanalítica de la represión. Por ejemplo, se pidió a unas personas que aprendieran una lista de 40 pares de palabras, de manera que al proponerles la primera palabra pudieran decir cuál era la segunda. A continuación se les fueron presentando las primeras palabras de los pares, con una instrucción que decía en unos casos que trataran de recordar la palabra asociada y en otros que intentaran no pensar en ella. Más tarde se les administró una prueba de recuerdo sobre los pares de palabras. Los participantes recordaron más palabras de las que se les había pedido recordar que de las que se les había pedido olvidar. En un trabajo posterior se observó que mediante la instrucción de recuerdo se activaban áreas cerebrales relacionadas con la memoria, mientras que con la instrucción de olvido las áreas más activadas eran las de control de la atención. Los resultados se presentaron

en los medios de comunicación como favorables a la idea de que podemos reprimir los recuerdos.

Sin embargo, aunque el resultado fuese claro (pese a que no ha podido reproducirse en otros laboratorios) y sólido (aunque la diferencia entre la situación con instrucciones de recuerdo y la de olvido era apenas de un 10%), no puede tomarse como un apoyo de la teoría psicoanalítica de la represión. Más bien parece que, bajo las instrucciones adecuadas, las personas somos capaces simplemente de distraer la atención de algunas palabras —de ahí la implicación de áreas cerebrales relacionadas con este proceso— y que, con las instrucciones contrarias, podemos tratar de rememorarlas —haciendo participar a las áreas relacionadas con la memoria—. Además, cuando se hicieron estudios similares con materiales de naturaleza traumática, es decir, aquellos sobre los que el psicoanálisis sustenta la teoría de la represión, no se obtuvieron tales resultados, como veremos en algunos estudios de estrés postraumático comentados en el capítulo sobre los falsos recuerdos. No debemos olvidar, asimismo, que la represión es para el psicoanálisis el principal mecanismo de defensa del Yo, es decir, que los recuerdos traumáticos se deberían olvidar con mucha mayor frecuencia que los no traumáticos, no unas veces más y otras veces menos.

Muchos hallazgos de la psicología científica se han interpretado, de igual forma, como favorables a la teoría psicoanalítica. Por ejemplo, a veces se han reinterpretado los éxitos terapéuticos de algunos tratamientos cognitivo-conductuales de la psicología científica desde el punto de vista psicoanalítico: de este modo, el hecho de que una persona utilice técnicas adecuadas para hacer frente al estrés se consideraba una demostración de la efectividad de los mecanismos de defensa del psicoanálisis. Lo que es tanto como sostener que la existencia de empresas de envío de flores a domicilio es una demostración del complejo de Edipo porque obtienen beneficios especiales el Día de la Madre.

El uso clínico de estrategias de afrontamiento para superar el estrés, es decir, promover en los pacientes la asunción directa de sus problemas y el desarrollo de técnicas para enfrentarse a ellos, es un trabajo en el que, mediante pruebas estandarizadas —aquéllas cuya validez se ha comprobado en distintas poblaciones—, el terapeuta registra el comportamiento del paciente para responder al estrés de la forma más adecuada en cada circunstancia. Entre tales registros jamás se tienen en cuenta los conceptos psicoanalíticos. Lo único que se comparte es la idea de que, cuando no afrontamos los problemas, es probable que sigamos viviendo con ellos. Desde luego, ésta es una idea que la terapia cognitivo-conductual comparte con el psicoanálisis tanto como con las enseñanzas del maestro Pero Grullo. Lo mismo sucede con los hallazgos relacionados con el hecho de que expresar las emociones sirve para rebajar nuestro nivel de ansiedad, especialmente cuando son negativas.

Esto se ha constatado en diversos estudios científicos, y es una idea compartida con el psicoanálisis y con el concepto popular de «desahogarse» con alguien.

La idea de que la personalidad adulta empieza a formarse con las experiencias de la infancia es otra idea para cuya explicación se acude a veces al psicoanálisis. La idea en sí no es particularmente sorprendente. Cualquiera puede comprender que nuestras experiencias infantiles repercuten más en nuestro comportamiento adulto que las que tendremos en la vejez: el orden temporal del mundo impide, simplemente, que lo que aún no ha sucedido influya en el presente. No existe, desde luego, teoría psicológica alguna que considere que la infancia es intrascendente para el desarrollo humano.

De hecho, durante la mayor parte del siglo XX, el punto de vista conductista que dominaba la psicología científica era precisamente que los trastornos psicológicos provienen de aprendizajes previos inadecuados. Es más, durante la infancia, la plasticidad cerebral es tan grande, en comparación con la que puede observarse en el cerebro adulto, que podemos decir que el niño está construyendo buena parte de su sistema nervioso durante el desarrollo. Sin embargo, es habitual que cualquier dato favorable al hecho de que la personalidad infantil es un buen predictor de la adulta se considere una demostración de la validez del psicoanálisis, a pesar de que cada vez hay más estudios genéticos que revelan la existencia de componentes innatos en la personalidad. Es decir, si una persona tiene, por ejemplo, cierta predisposición a un comportamiento obsesivo será más probable que lo exhiba tanto en la infancia como en la adolescencia y en la edad adulta. Lo más habitual es que un niño estudioso se convierta en un adulto trabajador, y es raro que un niño obsesionado por la limpieza pase a ser un adulto desaliñado.

Esto debería considerarse, en principio, un hallazgo contrario a la teoría psicoanalítica, dado que ésta atribuye todas las causas del comportamiento a la naturaleza de las experiencias tempranas. Sin embargo, podemos encontrarnos, no sin sorpresa, con el hecho de que la relación entre la personalidad del niño y la del adulto se considera a menudo una demostración de la teoría psicoanalítica. Hay dos hechos incuestionables que determinan esta relación. El primero lo constituyen los componentes innatos: el adulto tiene los mismos genes que el niño que fue. El segundo es que en la personalidad, como en cualquier otro asunto, el pasado es efectivamente el mejor predictor del futuro. La primera de estas razones es incompatible con el psicoanálisis; la segunda la respalda tanto el psicoanálisis como cualquier otro punto vista.

Otro hallazgo que suele presentarse como favorable a la teoría psicoanalítica es el de los mecanismos cerebrales responsables de las emociones. En los últimos años la neurociencia ha llevado a cabo notables avances en este campo. Hoy día se considera que existen dos tipos de emociones: primarias y secundarias. Las emociones

primarias son las comunes a todas las personas y que compartimos con buena parte de los animales (por ejemplo, el miedo). Las emociones secundarias son más complejas y en ellas intervendrían procesos de pensamiento y elaboración (por ejemplo, la vergüenza). Pues bien, se han identificado dos vías distintas para uno y otro tipo de emociones. Las emociones primarias seguirían una vía cerebralmente más primitiva: las partes de nuestro cerebro que compartimos hasta cierto punto incluso con los reptiles. La ventaja de esta vía es que permite una respuesta rápida ante amenazas inmediatas. Por ejemplo, si oímos un ruido fuerte, no necesitamos reflexionar largamente sobre él para apartarnos: respondemos incluso antes de identificar conscientemente su origen. En cambio, en las emociones secundarias participa la zona de desarrollo más reciente de nuestro cerebro. Algunos autores consideran que una y otra vía cerebral corresponden a las instancias consciente e inconsciente defendidas por el psicoanálisis. La vía primitiva y animal del procesamiento emocional sería el sustrato neurológico del inconsciente y la vía superior, típicamente humana, lo sería de la conciencia. Lo curioso del paralelismo es que las emociones relacionadas más típicamente con el inconsciente freudiano (por ejemplo, la culpa) son emociones secundarias que se procesan en la vía superior, justo al revés de lo que propone el psicoanálisis. De nuevo, lo único que hay en común entre el descubrimiento científico y la propuesta psicoanalítica es la mención de la palabra *inconsciente*. Pero el proceso en sí supone, en todo caso, más una refutación que un apoyo a la teoría psicoanalítica.

Hay cosas que el paso del tiempo no altera. En este capítulo hemos visto nuevas propuestas psicoanalíticas realizadas sobre pretendidas confirmaciones de la teoría de Freud. Nos parece que tales propuestas no alteran en absoluto la conclusión enunciada hace bastantes años por el psicólogo Hans Eysenck: de lo que dijo Freud, algunas cosas han sido confirmadas por la investigación científica, precisamente las que no eran originales de Freud. Sus aportaciones personales siguen distribuyéndose en dos categorías: o son indemostrables o son falsas. En palabras de Eysenck, en la teoría de Freud «lo que es nuevo [...] no es verdadero, y lo que es verdadero en su teoría no es nuevo».

4. El psicoanálisis puede ser peligroso

La sociedad del bienestar parece llevar consigo el desarrollo de cierta cultura del ocio. En estas sociedades privilegiadas son cada vez menos las horas que es necesario trabajar para asegurar el sustento. Por tanto, las gentes con tiempo libre pueden encontrar entretenimiento en muy diversas actividades: así proliferan los cursos de macramé, se venden puzzles con mayor número de piezas y hasta barcos en miniatura para montarlos. Cada cual se entretiene como puede. Tal vez el psicoanálisis no sea una teoría contrastada, y carezca de utilidad terapéutica o explicativa, pero es posible que no haga daño a nadie, y si es así puede ser que algunas personas desocupadas con inquietudes intelectuales hagan bien en dedicarse a él para matar el tiempo. En este capítulo contemplaremos esta posibilidad.

Nos hemos referido ya a algunos problemas que pueden surgir del uso del psicoanálisis: uno de ellos es que las personas pueden abandonar otros tratamientos más eficaces para someterse a él. Se trata de un problema similar al que aqueja a las llamadas «medicinas alternativas». Aun en el caso de que no provoquen directamente efectos secundarios, pueden ser peligrosas si el paciente abandona o reduce otros tratamientos. Ya vimos cómo el propio Freud confundió el diagnóstico de un cáncer abdominal con un problema histérico y empezó a tratar con psicoanálisis un problema que se hallaba obviamente fuera de su alcance. Tal vez en aquel caso la paciente hubiese muerto igualmente, pero podemos imaginar con terror a dónde puede haber llevado en otros psicoanalistas el afán verificador de sus hipótesis en casos similares, es decir, a que personas con enfermedades graves sean privadas del tratamiento requerido para someterse, en cambio, a un análisis de sus recuerdos infantiles.

En este capítulo veremos que son varios los ámbitos y modos en que una rama del saber tan inestable como el psicoanálisis puede dañar todo lo que se asiente sobre ella. En primer lugar, la práctica psicoanalítica puede implantar y fomentar los falsos recuerdos en las personas, que pasarán a creer, por ejemplo, que miembros de su familia han tenido un comportamiento horrible con ellos.

Desde un punto de vista más relacionado con el daño intelectual que el afectivo, tanto la crítica psicoanalítica de la literatura y el arte como sus contribuciones teóricas a las ciencias sociales, más que aportar un apoyo teórico han obstaculizado el desarrollo de esas disciplinas. En ocasiones, la crítica psicoanalítica de una obra de arte tiene más de creativo que la propia obra. Dedicaremos dos apartados a tratar de demostrar que la inclusión de conceptos psicoanalíticos en disciplinas tales como la crítica literaria y de arte, la historia y las ciencias sociales, no aporta nada. Cuando se ha hecho, sólo ha servido en realidad de rémora para el desarrollo de tales disciplinas, puesto que les ha transferido las limitaciones conceptuales y la falta de rigor propias del psicoanálisis.

Por último veremos cómo el psicoanálisis ha culpabilizado sin base alguna a ciertas personas de los problemas de otras. En esto, sin duda, a las madres les ha tocado el peor papel. En general, hablaremos también de cómo las mujeres en general no han sido muy bien tratadas por el psicoanálisis.

Lo recuerdo tan bien como si hubiese pasado

Uno de los axiomas esenciales de la teoría psicoanalítica es el concepto de represión. Supuestamente, algunos hechos de nuestras vidas son apartados de la conciencia para evitarnos sufrimientos. La represión es el más importante de los mecanismos de defensa del Yo. Para Freud y la mayor parte de los psicoanalistas, los recuerdos demasiado dolorosos son simplemente olvidados; no obstante, permanecen en nuestro inconsciente de forma que pueden aflorar en los sueños, los lapsus, etc. Esta idea de represión está directamente relacionada con el concepto de trauma: las experiencias traumáticas son reprimidas. Curiosamente, este binomio trauma-represión planteado por el psicoanálisis ha tenido un fuerte arraigo popular. A la mayoría de las personas les resulta hoy muy razonable pensar que una experiencia traumática tiende a enterrarse en alguna profunda caverna de la mente sin que sea fácil hacerla aflorar de nuevo.

Lo curioso de esta popularización es que la idea de que olvidamos las experiencias traumáticas es especialmente contraria al sentido común. Normalmente, las personas que han tenido la desgracia de experimentar situaciones particularmente desagradables indican precisamente lo contrario de lo que dice el psicoanálisis. Por ejemplo, los supervivientes de los campos de concentración tienden a decir que jamás podrán olvidar lo que allí vivieron. A menudo ese tipo de recuerdos les vuelven a la memoria sin que puedan hacer nada por evitarlo. Para su desgracia, cualquier cosa puede hacerles revivir la terrible experiencia. Es frecuente que las personas que vivieron durante la infancia hechos traumáticos, como la muerte de un ser querido, tengan esos hechos como sus primeros recuerdos. Es posible que algunas personas olviden ciertos hechos traumáticos, pero la pauta general es precisamente la contraria a la predicha por el psicoanálisis. La profesora Loftus, una de las investigadoras más

prestigiosas de la memoria humana, ha trabajado durante muchos años sobre los recuerdos. Sus estudios y los de otros autores indican que las personas que han sido víctimas de abusos sexuales los recuerdan mucho mejor que cualquier otro hecho de su vida cotidiana, y mucho mejor también de lo que les gustaría.

Otras investigaciones han tratado de demostrar sin éxito las ideas freudianas de represión de los recuerdos traumáticos. Por ejemplo, en uno de esos estudios se recurrió a tres grupos de mujeres. El primero había sido víctima de violación y mostraba lo que se conoce como síndrome de estrés postraumático, es decir, respondía con extremada ansiedad ante diversas situaciones. El segundo grupo también había sufrido violación, pero no mostraba tales síntomas de estrés. El psicoanálisis supone que este grupo ha superado mejor el trauma y debe diferenciarse del primero en su capacidad para reprimir los recuerdos traumáticos. A ambos grupos se les dieron unas series de palabras, algunas de las cuales estaban relacionadas con la violación. Se les instruyó para que trataran de recordar la mitad de las palabras y para que procurasen olvidar la otra mitad. Los dos grupos, así como un grupo de control de mujeres que no había sufrido violación, recordaron las palabras que se les pidió que recordasen mejor que las que se les pidió que olvidasen pero, contra lo que predice el psicoanálisis, no hubo diferencia alguna entre los tres grupos en cuanto a si las palabras se referían o no a la violación, es decir, no hubo efecto alguno de la supuesta superación del trauma.

En otro estudio relacionado se recurrió a mujeres que decían haber recuperado recuerdos antes reprimidos sobre abuso sexual infantil, junto a mujeres que sospechaban haber reprimido tales recuerdos pero que no habían sido capaces de recuperarlos. Los resultados fueron similares a los del estudio anterior. Es decir, las mujeres que decían haber olvidado la información traumática no se diferenciaban, en su comportamiento ante las palabras relacionadas con el trauma, de las mujeres que no habían olvidado. Sus respuestas, por tanto, no reflejaban la superación del trauma. La idea del psicoanálisis de que el recuerdo y la elaboración de los traumas sirve para superarlos no encuentra apoyo en los datos.

A pesar de esto, todos hemos oído hablar de cómo el psicoanálisis es capaz de sacar a la conciencia cosas que las personas habían olvidado. En realidad, éste es uno de los principales objetivos de la práctica psicoanalítica. Seguramente casi nadie recuerda haber sido víctima del complejo de Edipo, pero el psicoanálisis mantiene su existencia basándose en que dicho complejo supone una experiencia traumática que ha sido reprimida y que el análisis puede sacarlo a la luz y hacer que el paciente tenga conciencia del hecho. Como argumentábamos más atrás, la represión como principal mecanismo de defensa del Yo resulta ser también el mecanismo de defensa fundamental del psicoanálisis. Si alguien no recuerda haber recorrido las etapas evolutivas planteadas por Freud, o si no es consciente de haber sufrido abusos

sexuales durante la infancia pese a la opinión del analista, el error no está ni en la teoría freudiana ni en las interpretaciones del terapeuta sino que es fruto de la represión del propio paciente.

Los psicoanalistas afirman que a través de su práctica consiguen hacer aflorar los recuerdos reprimidos: los pacientes recuperan aquellos trazos perdidos de memoria, y eso es un paso fundamental para la curación de sus neurosis y para su propio autoconocimiento. Usted podrá preguntarse si el hecho de que algunas personas recuerden durante el análisis hechos que no recordaban antes constituye una prueba directa de la existencia de los recuerdos reprimidos. Investigaciones recientes en el campo de la psicología de la memoria parecen indicar lo contrario.

La idea intuitiva que tenemos sobre el funcionamiento de nuestra propia memoria es algo simplista. Pensamos en ella como una especie de almacén o disco duro del ordenador en donde guardamos una copia de nuestras experiencias pasadas. Somos conscientes, por ejemplo, de que hay cosas que olvidamos. Todos hemos sufrido por ello en los exámenes. Pero difícilmente nos damos cuenta de que hay cosas que recordamos y que nunca nos han sucedido, o al menos no de la manera en que las recordamos. La razón es que recordar es un proceso constructivo. Cada vez que rememoramos un hecho lo alteramos de alguna manera. La forma en que lo alteremos depende de diversas causas, y no todas han sido convenientemente estudiadas hasta la fecha, pero no es difícil darse cuenta de que el contexto y la finalidad con que traemos a la memoria un recuerdo influirán en sus posteriores evocaciones.

A un grupo de estudiantes universitarios norteamericanos se les enseñaron unas fotografías trucadas de Disneylandia en las que aparecía el personaje de Bugs Bunny. Todos los estudiantes habían acudido durante su infancia a Disneylandia y se les preguntó con qué personajes de ficción se habían encontrado allí. Entre el 16% y el 35% (dependiendo probablemente de lo bien o mal que estaban hechas las falsificaciones) recordó haber visto en Disneylandia a Bugs Bunny. La mayor parte decía haber estrechado su mano, otros habían jugado con él e incluso alguno afirmaba haber compartido una zanahoria con el personaje. Los estudiantes a quienes no se había enseñado la foto trucada no informaron, sin embargo, de tales recuerdos. La razón es que se trataba de un recuerdo falso inducido por la manipulación fotográfica: es imposible que a Bugs Bunny le dejaran entrar en Disneylandia porque se trata de un personaje de la Warner.

Las investigaciones sobre falsos recuerdos parecen indicar que algunas de las cosas que los pacientes sometidos a psicoanálisis creen recordar podrían al menos haber sido implantadas durante el tratamiento y no ser genuinas recuperaciones de hechos olvidados. Las normas éticas de la investigación científica impiden la posibilidad de que un investigador implante artificialmente recuerdos tales como el complejo de Edipo u otras experiencias traumáticas en la mente de un sujeto. Sin

embargo, se ha demostrado que puede inducirse artificialmente otro tipo de recuerdos y que la simulación de una situación terapéutica estructurada en varias sesiones es un caldo de cultivo ideal para ello.

En cierta ocasión, por ejemplo, se utilizó un cuestionario en el que aparecía camuflada una pregunta sobre si el sujeto recordaba haberse perdido en un centro comercial en torno a los cinco años (recordemos que viene a ser la época del complejo de Edipo). En el experimento se convocó para posteriores sesiones de investigación a personas que afirmaron no recordar una experiencia semejante. Se les dijo que el estudio trataba sobre cómo recordaban diferentes personas un mismo suceso. Se contactó con los familiares de los sujetos y se les pidió que recordaran sucesos de la infancia de esa persona. En ninguno de ellos aparecía, evidentemente, el hecho de que de niño se hubiera perdido en un centro comercial. Durante tres entrevistas los sujetos informaron sobre el recuerdo que tenían de los distintos hechos sometidos a investigación. Entre ellos se había camuflado la falsa historia del niño perdido en el centro comercial. En la primera entrevista ninguno dijo recordar este falso hecho. Sin embargo, en la segunda y tercera entrevistas más del 25% dijo recordarla. Y esto a pesar de que una de las opciones de respuesta era, simplemente, «no recuerdo este hecho». Algunos afirmaron, incluso, haber sido capaces de rememorar perfectamente el suceso y contaron detalles sobre la persona que les encontró y dónde estaba el centro comercial.

El estudio científico de los falsos recuerdos suele indicar que la repetición de un hecho falso puede hacernos creer que lo recordamos. Podemos imaginar que una situación terapéutica en que el analista parte de la hipótesis de que hemos sido víctima de abusos durante la infancia, y nos lo plantea de diversas formas una y otra vez, puede hacernos pensar que esos hechos sucedieron realmente. Pero, como hemos dicho, esa investigación no puede hacerse directamente por razones éticas en el contexto de un trabajo científico experimental. Tal vez quede relegada a la práctica clínica de algunos profesionales. Algo así parece haber sucedido en varias ocasiones cuando algunas personas han sido acusadas de abusar sexualmente de sus propios hijos, de amigos de éstos o de sus estudiantes, para demostrarse más tarde que esos recuerdos habían sido implantados falsamente por sus terapeutas. Un buen psicoanalista nunca puede permitir que la realidad le estropee una interpretación bien hilvanada.

En varios países existen asociaciones de víctimas de falsos recuerdos, integradas por personas que han sido acusadas de varios tipos de delitos —especialmente, de abusos sexuales— fundamentados en recuerdos ocultos «recuperados» en sesiones de psicoterapia. No sólo las personas falsamente acusadas pueden llegar a convertirse en víctimas de los falsos recuerdos. Por ejemplo, muchas mujeres que acuden a un terapeuta aquejadas de depresión pueden escuchar que el origen de su dolencia radica

en los abusos de que fueron víctimas durante su infancia (generalmente, por parte de sus padres). Curiosamente, ellas no recuerdan tales abusos pero el terapeuta insiste en que el hecho de que no los recuerden es síntoma de la virulencia que tuvieron. El propio Freud hacía hincapié en que había que mostrarse inalterable ante la resistencia del paciente a reconocer este tipo de hechos. El terapeuta debía insistir, y hoy sabemos que, si lo hacía durante varias sesiones, era muy probable que el recuerdo llegara a implantarse en el paciente aunque no respondiese a la realidad.

Algunas investigaciones parecen indicar que la interpretación de los sueños puede inducir también falsos recuerdos. Por ejemplo, un grupo de investigadores seleccionó a 50 estudiantes universitarios que habían señalado que no tenían recuerdos infantiles de haberse perdido en algún lugar público. Estos estudiantes acudieron unos días después a una sesión de psicoterapia en la que debían relatar al terapeuta algún sueño que hubieran tenido recientemente. A la mitad de estos estudiantes (elegidos al azar) el terapeuta les indicó que el sueño reflejaba la ansiedad experimentada durante su infancia al haberse perdido en algún lugar público. La mitad de los que recibieron esta información falsa afirmaron posteriormente que tenían algún recuerdo de ese hecho, a pesar de que apenas un mes antes no tenían ninguno y de que sus familiares lo desmintieron.

Más allá del laboratorio existen casos reales de personas que han llegado a «recordar», después de sesiones psicoterapéuticas (analíticas o de otro tipo), haber cometido crímenes horribles de los que eran inocentes. Es evidente que no todos los recuerdos que pueden aflorar en una sesión de psicoanálisis han de ser necesariamente falsos, pero hoy día existen, sin duda, suficientes pruebas sobre su escasa fiabilidad para que resulte muy recomendable contrastar la información obtenida por tales medios con otras que no presenten tantas deficiencias.

Psicoanálisis de la literatura y el arte

Aunque el ámbito inicial y más propio del psicoanálisis se halla en la práctica clínica, no han sido pocas las aplicaciones de la teoría psicoanalítica a otros campos. Para ello se parte generalmente de la concepción del psicoanálisis como un cuerpo de

conocimientos de base dispuesto para entender cualquier cosa en la que pueda reconocerse una influencia psicológica. De este modo, todo aquello en lo que ha influido directamente el ser humano puede ser interpretado desde el punto de vista psicoanalítico, ya que los seres humanos transfieren sus deseos e inquietudes a las obras que realizan. La historia, por ejemplo, al ser un producto de la actuación humana, responderá a las características personales de sus protagonistas. En las obras literarias o artísticas se reflejarán los deseos de su creador. Las ciencias sociales, especialmente la antropología y la sociología, usarán los conceptos psicoanalíticos para explicar los comportamientos sociales desde un punto de vista psicológico.

En el campo de la crítica literaria el psicoanálisis ha influido enormemente a través de la hermenéutica o arte de la interpretación de los textos, aunque también puede interpretar otros materiales. Su origen está en el análisis escolástico de las Sagradas Escrituras, donde junto al sentido literal del texto se consideraba la existencia de un sentido espiritual, al que tenía acceso la comprensión humana mediante la inspiración divina. La hermenéutica psicoanalítica considera igualmente que junto al sentido literal de los textos existe otro sentido oculto y accesible solamente a los iniciados en el psicoanálisis.

Leyendo obras de crítica psicoanalítica podemos aprender, por ejemplo, que cuando Don Quijote se enfrenta a los molinos de viento encomendándose a «su señora Dulcinea» realiza una representación del complejo de Edipo. Los molinos representarían la figura paterna y Dulcinea la madre inasequible. Como puede apreciarse, para esta interpretación no es obstáculo la falta de concordancia de número, puesto que los molinos son varios y el padre uno, ni el hecho de que Dulcinea (la figura materna) sea una labradora mucho más joven que Don Alonso Quijano. Tal vez haya que recordar la puntualización de Sancho recogida al principio de este libro. En la obra de Cervantes se contrasta la realidad con una interpretación que se presenta como fruto de la locura. El psicoanálisis añade a estos dos puntos de vista un tercero que proviene de una hermenéutica no menos alejada de la realidad que los delirios de Don Quijote. Sin embargo, precisamente por su carácter puramente especulativo, resulta tan difícil refutar los argumentos de los psicoanalistas como para ellos fundamentarlos. Sancho no convence a Don Quijote de lo errado de su hermenéutica, ni nosotros convenceremos a los psicoanalistas. Tal vez nos respondan así: «Bien parece —respondió don Quijote— que no estás cursado en esto de las aventuras: ellos son gigantes; y si tienes miedo, quítate de ahí, y ponte en oración en el espacio que yo voy a entrar con ellos en fiera y desigual batalla». Parece que no estamos cursados en esto del psicoanálisis y nos cuesta entender las complejas razones que pueblan los textos de crítica psicoanalítica.

Uno de los textos más famosos es el que lleva por título *Psicoanálisis de los cuentos de hadas*, de Bruno Bettelheim. Se trata de una obra que ha tenido una gran

repercusión no sólo en el campo de la filología sino también en el de la pedagogía. La idea esencial del libro es que los cuentos de hadas tradicionales reflejan los aspectos más esenciales de la psicología humana, pero no lo hacen de una forma directa sino indirecta, asequible sólo para la hermenéutica psicoanalítica. En este libro aprendemos que Caperucita sale al bosque en busca de la figura paterna y con claras intenciones sexuales. El lobo, por su parte, la acompaña a la casa del bosque con las mismas intenciones. La propia abuelita participa en la fiesta dándole a la niña una capa roja para hacerla más seductora. Aprendemos también que el atractivo de los enanitos de Blancanieves proviene de que, gracias a su trabajo en las minas, son hombres que «penetran hábilmente en oscuros agujeros», lo que induce a Blancanieves a acostarse en una de las camas antes de que ellos lleguen con la clara intención de ser poseída. Una vez aprendido esto, no le extrañará saber que el zapato de Cenicienta —«un diminuto receptáculo donde un miembro del cuerpo debe deslizarse e introducirse hasta quedar bien ajustado»— no es otra cosa que un símbolo de la vagina. O que, en el cuento de las habichuelas mágicas, trepar por la planta pase a ser un símil de la masturbación. Parece claro que el afán psicoanalítico por la sobreinterpretación no tiene límites. Echamos de menos de nuevo el buen sentido de Sancho Panza, que habría advertido al autor de que a veces los molinos de viento son sólo eso, molinos de viento.

Es evidente que los textos literarios contienen metáforas y otros recursos que requieren del lector una interpretación no literal. Un texto que no apelara a la capacidad de interpretación del lector resultaría tremendamente aburrido. Es posible también que los autores proyecten en sus textos muchas preocupaciones personales. De este modo, un escritor que esté pasando por un mal momento tal vez escriba una obra especialmente triste o, por el contrario, una humorística que le permita escapar de sus problemas cotidianos. Sin embargo, la crítica psicoanalítica no se limita a reconocer este tipo de condicionantes: para ello no es necesario el psicoanálisis. Basta conocer las circunstancias de la muerte de la esposa de Antonio Machado para comprender la tristeza que se refleja en sus versos de esa época. Lo único que añade el psicoanálisis es una colección de mitos propios que no hace sino desvirtuar la crítica. Las obras literarias crean mitos o los recogen de la tradición popular. A menudo, estos mitos reflejan arquetipos humanos y son, en cierto modo, una representación de las más hondas inquietudes del hombre. Ejemplos de ello se encuentran en la mayor parte de los clásicos de la literatura.

Pero la creación de mitos es parte del oficio del escritor, no del crítico. Por ejemplo, el mito de Don Juan caricaturiza algunos aspectos de la psicología masculina y refleja asimismo la idea cristiana de redención: un hombre que a lo largo de su vida se ha comportado de manera inmoral puede encontrar al final la salvación. Esto no es sino una consecuencia del contexto en el que surgió la historia de Don

Juan Tenorio (una España católica y dominada por valores sexistas), pero a los psicoanalistas les gusta ir más allá. Don Juan sería un hombre que no ha resuelto adecuadamente el complejo de Edipo; por ello se venga indirectamente de las mujeres y trata de demostrar a su padre que puede conseguirlas a pesar suyo. Por último, la escena del «convidado de piedra» supondría la resolución edípica, en que la figura paterna trata de arrastrar al hijo díscolo a los infiernos. Como siempre, el psicoanálisis toma como excusa el texto para introducir sus propios mitos. El hecho de que el personaje que castiga a Don Juan al final del libro no sea realmente su padre sino el de su amada (es decir, en cierto modo, su suegro) no es un obstáculo para el psicoanalista que quiera componer una buena historia mitológica. Al fin y al cabo, si un conjunto de molinos de viento puede representar a un padre, ¿por qué no habría de hacerlo un suegro?

Para el psicoanálisis, el éxito de una obra literaria depende en gran medida de cómo sea capaz de reflejar las inquietudes psicológicas de los lectores. Todos hemos experimentado la sensación de que ciertas obras literarias nos impresionan especialmente; las que reflejen los conflictos comunes a la humanidad tal vez lleguen a convertirse en *best sellen*. Por ejemplo, el éxito de la serie de literatura infantil sobre el personaje de Harry Potter se debería en gran medida, según la crítica psicoanalítica, a que refleja algunas fantasías universales del ser humano, concretamente algunas relacionadas con el complejo de Edipo. Para el psicoanálisis, uno de los mayores atractivos del personaje de Harry Potter es que se trata de un huérfano. Sus padres murieron a manos de un mago malvado. ¿Quién no querría que le pasara esto? Es más, en el último momento de su vida, que coincide con el principio del libro, el padre de Harry pide a la madre que se lleve al niño mientras él muere a manos del mago, con lo que estaría satisfaciendo el deseo de todo lector de que su padre muera dejándole en manos de su madre. Como apoyo inapelable a esta disparatada teoría, un crítico aduce que la autora de la serie manifestó en una entrevista que desconocía de donde le venía la inspiración: esto sería una demostración de que la obra es fruto directo del inconsciente.

La crítica psicoanalítica se ha aplicado tanto a la literatura como al arte en general desde los trabajos del propio Freud. La idea básica es que la obra de arte refleja los conflictos y fantasías inconscientes del autor. Un cuadro o una novela son para el psicoanalista un material muy similar a los sueños de un paciente. Por ejemplo, Freud «reconstruyó» el desarrollo psicosexual infantil de Leonardo da Vinci a partir de algunas notas biográficas y del análisis de dos de sus cuadros: *Santa Ana con la Virgen y el Niño* y *la Gioconda*. Igualmente pretendió explicar la epilepsia, la adicción al juego y la dudosa moralidad de Dostoievski a partir del análisis de *Los hermanos Karamázov*. Freud siguió la tradición de las patografías, estudios que consisten en inferir las patologías de personajes históricos a partir del conocimiento

existente sobre ellos en la actualidad, algo que ya en época de Freud había sido desechado por los historiadores como carente de rigor. Sin embargo, para Freud y muchos de sus seguidores el psicoanálisis supone una herramienta excelente para este propósito. Al fin y al cabo, los artistas son soñadores neuróticos que nos permiten revivir mediante sus obras nuestros propios sueños sin sentir vergüenza por ello. El artista crea su obra para huir de la realidad y los demás pueden participar del mismo beneficio al admirarla.

Dado que el psicoanálisis tiene una historia de más de un siglo, ha tenido ocasión de influir directamente sobre los movimientos artísticos del siglo XX y no sólo sobre su crítica. Una buena muestra de ello es el surrealismo. El surrealismo surgió principalmente a partir de la fuerte impresión experimentada por el poeta francés André Bretón al leer la obra de Freud. Si el psicoanálisis considera que la obra de arte refleja el inconsciente de su autor, la propuesta de Bretón era, en cierto modo, que esto se tomase no solo como una descripción sino como un imperativo. El artista debería dejarse guiar por el inconsciente al desarrollar su obra. Aplicado a la literatura, esto suponía utilizar un método de escritura automática basado en la técnica utilizada por el espiritismo para «hacer presentes» los pensamientos de los muertos: quien dicta es el inconsciente. Entre los autores que manifestaron haberse beneficiado en parte de esta técnica hay figuras de la importancia de James Joyce en literatura y Joan Miró en pintura. Otros artistas, como Salvador Dalí o Luis Buñuel, siguieron otro método, basado también en el psicoanálisis: poblar sus obras de contenidos oníricos.

Es evidente que cada creador puede buscar su inspiración allá donde cree que puede encontrarla. La misma existencia del movimiento surrealista es un indicio claro de la repercusión social del psicoanálisis en la primera mitad del siglo XX. Sin embargo, en ningún caso pueden considerarse esas obras como una confirmación de la teoría psicoanalítica del arte. De hacerlo así, estaríamos incurriendo en el error que se conoce como *profecía autocumplida*: el propio planteamiento de la hipótesis nos lleva a su verificación. Una serie de artistas decidieron reflejar las teorías del psicoanálisis en sus obras; al analizarlas, hallamos lógicamente contenidos psicoanalíticos.

Como fenómeno social del siglo XX, el psicoanálisis ha influido en muchas facetas. El movimiento surrealista tuvo su auge en la primera mitad del siglo XX pero la crítica psicoanalítica sigue practicándose en la actualidad, y en ella los conceptos psicoanalíticos no hacen sino contaminar la interpretación de las obras, llenándolas de implicaciones infundadas. En esos trabajos el crítico psicoanalista practica algo que el propio Freud había indicado como algo que se debía evitar en la práctica del psicoanálisis: la contratransferencia, que consiste en verter los propios conflictos en el análisis. Curiosamente, en una profunda contradicción, fue el propio Freud quien

les enseñó a hacer crítica de esa manera.

Las ciencias sociales

Dice la leyenda que hubo un tiempo en que los hombres vivían en el paraíso. Lamentablemente cometieron un error que les llevó, a ellos y a sus descendientes, a cargar con un pecado del que sólo podían librarse mediante una ceremonia de ingreso en determinada comunidad. No es raro que los mitos se parezcan. Para Freud, en tiempos prehistóricos nuestros antepasados se dejaron llevar por la tentación y cometieron un acto de barbarie. Desde entonces, todos hemos heredado el complejo de Edipo, del que sólo el psicoanálisis puede librarnos.

Como hemos dicho, Freud formó su doctrina a partir de la observación clínica de sus pacientes y de su propio análisis. Sin embargo, no dudó en generalizar sus conclusiones no sólo para explicar el comportamiento humano sino otros campos del conocimiento. En su libro *Tótem y tabú* extendió las ideas psicoanalíticas a los campos de la antropología y la historia. Según él, hubo un tiempo prehistórico en que los hombres vivían en un clan regido por una figura masculina de inmenso poder. Dicho personaje monopolizaba el acceso a las mujeres, de forma que era materialmente el padre de todo el clan. El resto de los machos, sus hijos, carecían de toda posibilidad de apareamiento. Tal situación les condujo a la rebelión y mataron al padre. Además, para participar físicamente de sus propiedades, se repartieron su cadáver (como buenos hermanos) y se lo comieron. Dicha acción les produjo, no obstante, cierto empacho. La culpa les perseguirá para siempre y todos sus descendientes deberemos lidiar con el complejo de Edipo. Este hecho histórico, de indudable autenticidad según Freud, se deriva de algunos datos sobre las costumbres de los aborígenes australianos y de la práctica clínica y sirve de fundamento al tabú del incesto. Los seres humanos, descendientes de aquel padre totémico, rechazamos el intercambio sexual con miembros de nuestra familia debido al sentimiento de culpa generado en aquel tiempo remoto.

La biología evolutiva, como ya señalamos, propone una explicación alternativa al tabú del incesto. Simplemente, la alta consanguinidad aumenta el riesgo de que los

genes recesivos produzcan gran número de enfermedades. Por ejemplo, el hijo de dos personas con predisposición genética a la hemofilia tendrá un 100% de posibilidades de ser hemofílico. En la sociedad en general esta enfermedad es muy poco frecuente pero en situaciones donde se ha producido una alta consanguinidad, como en el caso de las familias reales europeas, su prevalencia aumenta notablemente. Sin embargo, la explicación de Freud resulta mucho más llamativa al invertir el orden de las causas. El tabú del incesto sería el origen, y no la consecuencia, de las ventajas genéticas que pudieran derivarse. De hecho, Freud desestimó la posibilidad de que dicho tabú estuviese unido a la procreación, dado que se aplicaba también a relaciones sexuales anodinas, es decir, que no tienen como consecuencia el embarazo (ya sea por el uso de anticonceptivos o por no tratarse de actos sexuales completos). Es difícil pensar en un argumento más débil; sería tanto como negar la naturaleza innata del hambre porque existen personas obesas que comen chocolate sin necesitar las calorías que aporta. Es evidente que muchos de nuestros deseos y apetitos tienen claras raíces genéticas, aunque se apliquen en situaciones que no conducen a las consecuencias que los implantaron en el código de nuestros antepasados.

En el campo de la antropología cultural se han utilizado con mucha frecuencia explicaciones psicoanalíticas. Para algunos antropólogos era como proyectar el psicoanálisis sobre una gran pantalla. La idea básica era que, como las sociedades están compuestas de individuos, sus ritos y costumbres deberían poder explicarse por los deseos y las inquietudes de éstos. Así, los símbolos tribales pueden reconocerse como representaciones fálicas, los rituales como representaciones edípicas, etc. Si queremos asociar el poder con el falo basta con buscar algún objeto alargado para utilizarlo como ejemplo: el cetro real es un buen candidato. En esto, sin embargo, el psicoanalista debe tener cuidado pues la corona que es igualmente un símbolo de poder se parece menos al falo que al órgano sexual complementario.

En ocasiones se ha llegado a explicar el temperamento de todo un pueblo en términos psicoanalíticos. De este modo, los japoneses serían personas obsesivas y bravos guerreros debido a una fijación anal retentiva producto de la temprana imposición del control de esfínteres que, al parecer, se practica en dicha cultura (aunque este punto no está suficientemente demostrado). Como puede observarse, el psicoanálisis se usa como causa y a la vez como consecuencia de las normas sociales. Las costumbres provienen de los conflictos internos de los individuos y son a la vez causa de su temperamento. Tal vez al lector le cueste trabajo creer que un prestigioso antropólogo de tendencia psicoanalítica, Geoffrey Gorer, llegó a explicar la revolución bolchevique como una reacción a la desmesura con que las madres fajaban a los niños rusos de la época cuando eran pequeños.

Al abordar cuestiones sociales, Freud y sus seguidores comulgaban abiertamente con la tendencia que suele denominarse *psicologismo*. Dicho punto de vista consiste

en dar explicaciones psicológicas para fenómenos de otros campos de estudio. La explicación psicoanalítica en antropología e historia es un tipo de psicologismo de carácter reduccionista, es decir, pretende reducir la sociología a la psicología desestimando factores puramente sociales como, por ejemplo, los de carácter económico. Aducir deseos autodestructivos y pulsiones de muerte resulta completamente superfluo para explicar un conflicto bélico cuando existen a menudo claros factores relacionados con el control de los recursos. En este sentido, Emile Durkheim, uno de los fundadores de la sociología moderna, llegó a plantear que cada vez que se pretende explicar directamente un fenómeno social por un fenómeno psicológico, podemos dar por cierto que la explicación es falsa.

El psicoanálisis ha defendido siempre la universalidad de sus conceptos. Ideas como el complejo de Edipo o los estadios evolutivos deberían ocurrir en todas las culturas. Además, como hemos dicho, el propio Freud dedicó algunos de sus textos a la antropología. Tal vez por ello, y porque la psicología científica no ha prestado mucho interés a las propuestas psicoanalíticas, es quizá en el terreno de la antropología cultural donde se han puesto a prueba más directamente las ideas psicoanalíticas. En el primer cuarto del siglo XX, Bronislaw Malinowski, uno de los fundadores de la antropología cultural de campo, decidió indagar si las relaciones de parentesco entre los nativos de las islas Trobriand reflejaban estructuras edípicas. Malinowski observó que en dichas islas los niños se criaban con la familia materna, siendo para ellos el padre biológico una figura muy lejana, por lo que un hermano de la madre podía asumir el papel que en nuestra cultura suele ostentar el padre. De este modo, era difícil pensar que el niño pudiera identificar una figura masculina con la que competir para satisfacer sus deseos sexuales hacia su madre.

Curiosamente, este hallazgo fue considerado por muchos psicoanalistas como un apoyo a la teoría de Freud. La razón para ello fue que en muchos casos se observó que dicha situación se producía especialmente cuando el niño había cumplido ya los siete años, es decir, cuando la mayoría de niños habría superado ya la fase edípica. Tal vez por estas razones los hallazgos de Malinowski no sean refutaciones concluyentes de las ideas de Freud, pero tampoco pueden calificarse de resultados confirmatorios. Que un dato no termine de demostrar la falsedad de una teoría no significa que la apoye.

En épocas más recientes ha podido apreciarse, sin lugar a dudas, que el modelo de evolución biológica es mucho más fructífero que el psicoanálisis para explicar las relaciones de parentesco y la vida doméstica de múltiples culturas. Desde este punto de vista, los miembros de la misma familia presentan escasos niveles de atracción sexual entre ellos a fin de evitar la consanguinidad. Los datos antropológicos de muy diversa índole apoyan la perspectiva evolucionista. Por ejemplo, estudios realizados sobre la agresividad y malos tratos entre padres e hijos en la edad edípica no

presentan ningún patrón que indique mayor competencia entre los miembros de un mismo sexo, como afirma el psicoanálisis.

Por otra parte, si el complejo de Edipo fuese tan generalizado y virulento como plantea el psicoanálisis, deberíamos esperar que se reflejase en la legislación o los códigos de conducta de todas las sociedades. Sin embargo, en un estudio llevado a cabo sobre 129 sociedades distintas, de distintas épocas y ubicadas en diferentes lugares, se halló que la mayoría de ellas no prohibían o regulaban en forma alguna el incesto entre miembros de la familia nuclear (padres, hijos y hermanos) mientras que casi todas lo hacían para evitar relaciones con miembros de la familia política o primos. Por ejemplo, es frecuente encontrar culturas en las que la mujer se traslada a vivir con la familia de su marido. En tales culturas suele haber leyes que castigan, a veces con extrema dureza, las relaciones de la mujer con los hermanos de su marido. De esta forma evitan la duda sobre la paternidad de los hijos. Sin embargo, en esas mismas culturas no hay leyes para evitar las relaciones de estas mujeres con sus propios hermanos o sus padres mientras viven con ellos. Parece ser que la propia biología se ha encargado de este asunto y no es necesario que la sociedad imponga nada. En la propia sociedad occidental, las relaciones sexuales entre padres adoptivos y padrastros y los menores con que conviven se dan mucho más frecuentemente que con padres biológicos y ocurren sobre todo cuando estas personas no han convivido con los menores en sus primeros años de vida. Es decir, exactamente lo contrario de lo que afirma el psicoanálisis y precisamente lo indicado por la teoría evolucionista.

Nadie puede poner en duda que algunas características psicológicas de los líderes pueden influir en la historia, pero sólo hasta cierto punto. Un gobernante loco que tome decisiones negativas para su pueblo y para las relaciones con otros países no llegará muy lejos. Normalmente las decisiones de este tipo de personajes siempre benefician a algún colectivo (de su propio país o extranjero) que le mantiene en el poder. Es decir, para explicar la historia son siempre necesarias otras circunstancias, aparte de la psicología de los líderes.

Recientemente se ha convertido en una práctica frecuente incluir explicaciones psicoanalíticas en textos filosóficos y sociológicos del movimiento llamado *relativismo posmoderno*. Esta perspectiva defiende fundamentalmente la idea de que no existe una realidad objetiva sino que el mundo percibido es una construcción social. Es interesante hacer notar que cuando el relativismo posmoderno ha adoptado conceptos y explicaciones psicoanalíticas no ha sido precisamente para aclarar sus propuestas sino para dotar a sus discursos de una inusitada oscuridad. La unión entre ambas tradiciones intelectuales —psicoanálisis y posmodernismo— estaba llamada a fructificar en un sentido concreto, ya que ambas se basan en el desapego hacia la experiencia del mundo real y en la pura elucubración.

Muchos escritores posmodernos e intelectuales psicoanalistas de los últimos

tiempos parecen recrearse en la oscuridad de sus escritos. El lector confiado suele pensar que carece del nivel cultural requerido para entender los textos de tan grandes sabios: resultaría demasiado arrogante suponer que esos textos carecen de sentido... Alan Sokal, profesor de física de la Universidad de Nueva York, decidió poner a prueba esta idea. Para ello compuso un artículo repleto de vaguedades y contradicciones y lo envió a una revista especializada en trabajos posmodernistas. Según el propio Sokal, el artículo estaba de acuerdo con los presupuestos ideológicos de los editores y aparentaba falsamente contener algún argumento. La revista aceptó el artículo y el autor se apresuró a revelar el engaño al mundo. Evidentemente, Sokal no demostró que todos los trabajos publicados en ésa y otras revistas similares carecieran de sentido, pero sí demostró que era posible engañar a los editores, los cuales de ningún modo podían haber entendido el contenido del artículo, pues carecía de él.

Sokal se dedicó posteriormente a desenmascarar las «imposturas intelectuales» de algunos de los más reputados gurús del posmodernismo, entre ellos el psicoanalista Jacques Lacan, cuya influencia destacamos en el capítulo 1. Lacan intelectualizó, supuestamente, el psicoanálisis y desarrolló la hermenéutica psicoanalítica; para él, el inconsciente está estructurado como un lenguaje. Lacan utilizó ideas provenientes de la lingüística estructural, las ciencias y las matemáticas, y con todo ello compuso numerosos escritos, muchos de los cuales son incomprensibles. Según el prestigioso lingüista Noam Chomsky, Lacan es un charlatán perfectamente consciente de serlo. Para Sokal, Lacan utiliza las matemáticas de manera incoherente para dar apariencia científica a argumentos sin fundamento alguno. Por ejemplo, aprendemos de Lacan que el falo es el primer significante, que de él provienen todos cuantos significados vayamos a encontrar en el mundo y que es equivalente a la raíz cuadrada de menos uno. Si usted precisa alguna aclaración puede encontrarla en el siguiente texto, donde acude a las matemáticas para clarificar los términos:

Es así cómo el órgano eréctil viene a simbolizar el lugar del goce, no en sí mismo, ni siquiera en forma de imagen, sino como parte que falta en la imagen deseada: de ahí que sea equivalente a -1 del significado obtenido más arriba, del goce que restituye a través del coeficiente de su enunciado, a la función de falta de significante: (-1).

Si aun así usted no lo entiende tampoco ha de preocuparse. El propio Lacan expuso la siguiente máxima reconfortante: «Si usted ha comprendido, seguramente está equivocado». A menudo la ciencia utiliza una jerga difícil de entender para los no iniciados; esto es así, necesariamente, por exigencias de precisión. Pero Lacan la utiliza para la finalidad contraria: es mucho más fácil expresarse de forma que el propio lenguaje parezca científico a un neófito que ser realmente un científico. También es más fácil imitar el peinado de un futbolista famoso, como hacen muchos

adolescentes, que aprender a jugar como él.

El peculiar feminismo psicoanalista

Los asesinos en serie dan mucho juego como personajes de ficción. Innumerables películas y novelas los toman como protagonistas, y en la mayor parte de ellas, cuando se alude al origen del trastorno mental que aqueja al protagonista, aparecen padres y madres crueles, tiránicos, alcohólicos o depravados. Es una idea muy aceptada que los traumas infantiles son el germen inequívoco y exclusivo de las personalidades psicopáticas. A la popularización de esta idea errónea ha contribuido el psicoanálisis más que ninguna otra escuela psicológica.

Vimos más atrás que para el psicoanálisis la personalidad del adulto es fruto de la resolución (o no) de los conflictos habidos durante la infancia. Algunos cargarán para siempre con fijaciones orales o anales por no haber resuelto adecuadamente los conflictos relacionados con el destete o la retirada de los pañales. Y su personalidad adulta estará muy influenciada por la forma en que resolvieron el complejo de Edipo. El psicoanálisis desestima el valor de la herencia genética para explicar este tipo de cosas; pero, si nos fijamos bien, no por ello deja de buscar culpables externos. En concreto, hay una persona que participó directamente en todos esos conflictos y que pudo determinar la forma en que el sujeto los resolvió: su propia madre.

Freud consideraba el complejo de Edipo como la piedra angular de la teoría psicoanalítica. La resolución de este conflicto constituía el momento más importante del desarrollo de la personalidad. En él, las figuras del padre y la madre y sus modos de comportamiento representan un papel central. Por ejemplo, una madre excesivamente autoritaria, unida a un padre permisivo, puede producir una resolución atípica del complejo de Edipo que tenga como consecuencia la homosexualidad del hijo. El psicoanálisis ha considerado tradicionalmente la homosexualidad como una patología derivada de la resolución inadecuada del complejo de Edipo y causada en gran medida por las actitudes paternas.

Antes de la etapa edípica, los niños serían bisexuales y Freud contemplaba la posibilidad de que en la mayoría de las personas se produjese lo que llamó «Edipo

negativo», que consiste en la atracción por el progenitor del mismo sexo. En las niñas, el deseo se canalizaría generalmente también hacia las madres (todas sufrirían de Edipos negativos). Es decir, hasta la etapa edípica, la homosexualidad es un comportamiento normal. Posteriormente sería el síntoma de una resolución inadecuada del complejo, y por tanto un trastorno psicológico. En base a esto, muchas sociedades psicoanalíticas han impedido que los homosexuales ejerzan como terapeutas, ya que serían personas con conflictos no resueltos que podrían transferir a sus pacientes. Actualmente se considera que la homosexualidad puede depender en muchos casos de cierta predisposición innata. Por ejemplo, estudios con gemelos univitelinos (que comparten el 100% del código genético) indican que, si uno de ellos es homosexual, la probabilidad de que el otro también lo sea es superior al 50%, cuando en el caso de los mellizos (nacidos a la vez pero sin mayor coincidencia genética que otros hermanos), esta probabilidad apenas supera el 20%. Tanto el componente innato como el ambiental parecen encontrar apoyo en estos datos, y no sólo el factor de crianza, como defiende el psicoanálisis (pues si todos nacemos bisexuales, y la resolución edípica determina nuestra orientación sexual, no hay lugar para la genética).

No es la homosexualidad el único hecho hacia el que el psicoanálisis ha alentado una postura retrograda al considerarlo una enfermedad mental. Tampoco es el único del que se ha culpado a los padres, en este caso por no ajustarse a los roles tradicionales de padre autoritario y madre permisiva. Varios psicoanalistas del siglo pasado han culpado a las familias —y, muy especialmente, a las madres— de trastornos con base genética comprobada, como la esquizofrenia. Así llegó a hablarse de «madres esquizogénicas». A partir de estas peculiares premisas propusieron tratamientos que de ningún modo pueden tener como consecuencia su curación, y sí la creación de un horrible sentimiento de culpa en las madres de esos enfermos.

Un caso, tal vez más grave, lo constituye la curiosa explicación del origen del autismo que propusieron algunos psicoanalistas a partir de la década de 1940. Afirmaban que el autismo era la respuesta del niño ante una madre que lo trataba con excesiva frialdad. Este rechazo materno, y la imposibilidad de desarrollar adecuadamente la atracción edípica, llevaba a los niños a encerrarse en sí mismos y rechazar cualquier contacto social. Uno de los más fervientes defensores de este curioso planteamiento fue Bruno Bettelheim, un psicoanalista de origen austríaco del que ya hemos hablado al referirnos a sus aportaciones al «psicoanálisis de los cuentos de hadas». Bettelheim había sufrido reclusión en un campo de concentración nazi. Allí observó que muchos reclusos mostraban un comportamiento distante y ensimismado como respuesta a la crueldad de sus guardianes. A partir de esto, trazó un paralelismo con el trastorno autista y no dudó en identificar a las madres de estos niños con los guardianes nazis. Las mujeres que no se comportaban del modo

tradicional y, por ejemplo, trabajaban fuera de casa, podrían ser culpables de los trastornos de sus hijos.

Curiosamente, y en contraste con lo anterior, los niños que afirman haber sido objeto de abusos sexuales por parte de sus progenitores pueden encontrar que el psicoanálisis desestima la veracidad de sus recuerdos. Puesto que los niños desean supuestamente mantener este tipo de relaciones, según el psicoanálisis, no sería raro que las inventasen como fantasía sexual. Es decir, las inocentes madres de niños que padecen un trastorno como el autismo, de más que probable origen innato, pueden verse acusadas, mientras que los padres que abusan de sus hijos pueden verse eximidos.

El trato discriminatorio hacia la mujer por parte del psicoanálisis no se aplica solamente a su papel de madre. Puede decirse que toda la concepción psicoanalista clásica del desarrollo humano da por hecha la superioridad masculina. El hombre teme perder sus apreciados genitales, mientras que la mujer los envidia. En realidad, desde el punto de vista del psicoanálisis, sólo el hombre tiene órganos genitales. El niño dirige desde el principio su deseo sexual hacia el progenitor del sexo opuesto, mientras que la niña permanece durante toda la etapa edípica sumida en un estado intermedio entre la homosexualidad y la bisexualidad, del que saldrá sólo cuando reconozca su confusión respecto al objeto sexual. En cierto modo, el centro de la personalidad femenina es la envidia del pene. Para Freud, la única manera que tiene la mujer de obtener placer sexual es mediante la reproducción: el hijo se convierte en un sustituto del pene. Si la mujer se sale de los papeles tradicionales que la sociedad le asigna, corre el riesgo de producir graves daños en sus hijos.

No es de extrañar que, incluso desde dentro del psicoanálisis, estos planteamientos sean de los más controvertidos de la teoría de Freud. En un sistema ideológico y acientífico como el psicoanálisis, las teorías se desechan más porque contravienen los usos y las costumbres sociales que a causa de datos contradictorios. Una de las mayores revoluciones sociales del siglo XX es la llamada «liberación de la mujer». El cambio ideológico que esto ha supuesto ha hecho insostenibles ciertos argumentos y concepciones del psicoanálisis, lo que ha llevado a una revisión de esos presupuestos, pero no de otros igualmente disparatados que hemos visto en este libro. Lamentablemente, las posturas del llamado *psicoanálisis feminista* actual son más políticamente correctas que las de Freud, pero no más rigurosas. Así podemos encontrarnos con explicaciones psicoanalíticas de la discriminación histórica de la mujer. Se trata de nuevo de una psicologización de los procesos sociales, similar a la que llevaba a cabo Freud cuando trataba de explicar la guerra en términos psicoanalíticos. Por ejemplo, desde el feminismo psicoanalista se puntualiza que no sólo los niños odian a sus padres sino que, en términos de igualdad, las niñas también deben odiar a sus madres.

El feminismo psicoanalista sostiene, en general, posturas radicales de relativismo cultural. Por ejemplo, las diferencias entre hombres y mujeres no serían esencialmente biológicas sino producto de las experiencias sexuales de la infancia, las cuales llevarían a los hombres a pensar que son de género masculino y a las mujeres que son de género femenino. Si el sexo de las personas no es innato, no debemos sorprendernos de que el autismo tampoco lo sea. Sin embargo, el psicoanálisis de corte feminista no sólo apoya posturas de relativismo cultural sino que éstas han recurrido con frecuencia a las ideas psicoanalíticas para defender concepciones extravagantes sobre el conocimiento y la realidad.

En este capítulo hemos podido ver cómo el psicoanálisis, partiendo de datos empíricos escasísimos, y a menudo falseados, produce de nuevo ideas dañinas para la sociedad: las madres de los autistas y homosexuales, y éstos mismos, así como las mujeres en general, han sido víctimas de ello.

5. Del mito al timo: conclusiones

Pocas teorías han mostrado mayor ambición con un cuerpo de conocimientos tan exiguo como el psicoanálisis. La teoría psicoanalítica es capaz, supuestamente, de explicar el desarrollo humano, la implantación y desaparición de recuerdos, las enfermedades mentales, las normas sociales, el fundamento de cualquier manifestación cultural y hasta por qué nos hacen gracia los chistes. Una de las causas que pudo estar en la base de esta desmesurada ambición fue la propia arrogancia de Sigmund Freud. Con menos de 30 años, y cuando era lo que hoy llamaríamos un estudiante de postgrado a las órdenes de Jean-Martin Charcot, escribió una carta a su prometida comunicándole que había cambiado sus ideas, por lo que había decidido destruir todos sus escritos anteriores para que sus biógrafos no tuviesen información sobre sus planteamientos originales. En su opinión, las generaciones futuras buscarían esa información, pero el sufrimiento de sus defraudados biógrafos no le causaba tristeza. Lo más curioso es que Freud acertó: se han publicado multitud de biografías sobre él y aquellos papeles destruidos hubiesen sido, sin duda, objeto de estudio de sesudos eruditos.

Freud no se conformaba con lo que podía aportar la ciencia. Había publicado algunos estudios científicos sobre la médula espinal de las anguilas, los cangrejos de río y las larvas de las lampreas, pero esta línea de investigación no le habría reportado la fama que obtuvo tras abandonar el camino del método científico, ni tampoco, por supuesto, el dinero dejado por pacientes, libros y conferencias.

El método científico es necesariamente lento: lo que un investigador puede demostrar es siempre mucho menos de lo que es capaz de imaginar y escribir. Como hemos visto, Freud dispuso de un limitadísimo conjunto de observaciones, pero en su correspondencia de los últimos años llegó a decir que el psicoanálisis podría haber evitado la Primera Guerra Mundial. Sus seguidores tomaron buena nota de ese estilo y no se dejaron amedrentar por lo limitado de sus datos a la hora de construir explicaciones ambiciosas. Lamentablemente, muchos de ellos no tuvieron la capacidad creativa y literaria de Freud. En cualquier caso, el psicoanálisis se presentó al mundo como una disciplina capaz de responder directamente a los problemas humanos. De hecho, los psicoanalistas suelen criticar a la psicología científica por estar «apartada» de los intereses reales de las personas. No cabe duda de que la invención y la fábula pueden despertar mayor interés popular que la descripción de hechos contrastados, como hacen las disciplinas científicas y cualquier acercamiento honesto a la realidad. Por ejemplo, si un reportero riguroso se limita a informar de que un político entró en un coche con una chica desconocida obtendrá menos fama que si monta una historia sobre infidelidades amorosas que expliquen acuerdos de gobierno o cualquier otro asunto que se le pueda ocurrir. Siguiendo el símil

periodístico, el psicoanálisis vendría a ser algo así como «psicología amarilla»: la narración de explicaciones arbitrarias sin base real.

El movimiento psicoanalítico se ha constituido más en una doctrina semirreligiosa que en una disciplina científica. Ya indicamos, al referirnos al curioso parecido entre el complejo de Edipo y el pecado original, que hay claros paralelismos entre el psicoanálisis y la religión. Además, al igual que una secta, el psicoanálisis forma sus propios «sacerdotes», fuera del ámbito académico. Nadie sale de la universidad con un título de psicoanalista: el interesado deberá formarse en los ámbitos que las sociedades psicoanalíticas estipulen. El analista establecerá lo que es bueno y malo para el paciente y lo que debe o no creer sobre sí mismo. Para muchos psicoanalistas, las obras de Freud constituyen un libro sagrado. Es probable que ellos no recuerden haber sufrido el complejo de Edipo, y no hallen razones para creer que durante una época de su infancia obtuvieron placer sexual de naturaleza oral o anal, pero estarán dispuestos a llevar a cabo un acto de fe sobre todos esos supuestos e impondrán a sus pacientes la misma penitencia.

En este libro hemos ofrecido argumentos en favor de tres ideas esenciales. La primera es que las teorías del psicoanálisis no tienen fundamento científico, ya que en general son improbables, y en los casos en que se han tratado de comprobar se han mostrado falsas o irrelevantes. La segunda idea es que ni siquiera desde el punto de vista más pragmático podemos sostener que el psicoanálisis es al menos útil, bien sea para el tratamiento de las neurosis, para el conocimiento del desarrollo humano o para proponer hipótesis que pudieran contrastarse en investigaciones posteriores. La tercera idea es que el uso del psicoanálisis ha resultado en muchos casos perjudicial. Muchas personas han sufrido debido, por ejemplo, a los falsos recuerdos implantados por el analista sobre abusos cometidos con ellos por sus seres más queridos, y éstos experimentarán no menos amargura al conocer tales recuerdos, por más que conozcan su falsedad. Por otra parte, la aportación del psicoanálisis a otras disciplinas ha introducido no poca confusión. No es infrecuente que antropólogos, filólogos o historiadores piensen que las teorías psicoanalíticas están demostradas científicamente por provenir de una disciplina relacionada con la ciencia médica, cuando, como hemos visto a lo largo del libro, la ciencia en el psicoanálisis es sólo apariencia.

Para terminar, abordemos lo que nos parece el verdadero enigma del psicoanálisis, que no es, desde luego, ninguno de los que suelen plantear los psicoanalistas. Es posible que usted haya pensado en él mientras leía este libro, y podríamos enunciarlo así: ¿qué hace que algo tan escaso de fundamento, tan poco útil y hasta dañino, haya alcanzado tan alto nivel de popularidad? Para abordar esta cuestión no es necesario acudir a estrategias distintas de las que usamos para indagar sobre la popularidad de otras pseudociencias. Como la astrología, el psicoanálisis nos

dice cosas relevantes sobre nosotros mismos apelando a ideas presuntamente científicas que estarían detrás de sus afirmaciones. Además, tales ideas no son comprobables por quien las lee. Tan fuera del alcance de cualquiera de nosotros está comprobar nuestros complejos ocultos como la influencia de Marte en nuestro afán de superación.

Lacan considera a Freud cofundador, junto con Marx y Nietzsche, del «partido de la sospecha». Lo que tienen en común los miembros de este *partido* es el empeño por desenmascarar los vicios ocultos de la burguesía. Marx habría revelado la avaricia del capitalismo, Nietzsche el resentimiento de la moral cristiana que impedía el surgimiento del superhombre, y Freud la profunda depravación sexual oculta tras la respetable apariencia de la burguesía de su tiempo. El propio Freud dio origen a una especie de teoría de la conspiración supuestamente orquestada contra el psicoanálisis, y se refiere en diversas ocasiones a la resistencia que habría de encontrar su teoría. Sin embargo, lo que sucedió realmente fue que el psicoanálisis se popularizó desde el principio. El argumento de la conspiración no es exclusivo del psicoanálisis, y suelen aducirlo también los ufólogos que dicen que los gobiernos ocultan datos sobre avistamientos ovni, o los defensores de las medicinas «alternativas», que se quejan de la falta de reconocimiento por parte de la «ciencia oficial». En realidad, apelar a conspiraciones suele ser bastante útil como herramienta retórica para crear intriga.

El hecho de que el psicoanálisis empezara a aludir continuamente al sexo en una época de honda represión sexual fue, tal vez, su mejor elemento de propaganda. Como adolescentes, los miembros de aquella sociedad se vieron profundamente fascinados por unos libros y unas conferencias que les hablaban de lo que no se podía tratar en otros ámbitos. El entorno médico y cultural en que comenzaba a propagarse el psicoanálisis le servía de coartada para abordar asuntos intratables en otros ambientes. El propio Breuer, coautor junto con Freud de su primer libro sobre la histeria, llegó a decir que el principal objetivo del desmedido énfasis de Freud en la sexualidad había sido *épater le bourgeois* (es decir, provocar a los burgueses). Parece que lo consiguió, y que despertó en ellos un gran interés.

El psicoanálisis se atreve, además, a abordar la explicación de cualquier fenómeno, lo que evita que los clientes se sientan desilusionados por lo que reciben a cambio de su dinero. Las explicaciones que escucha quien se somete al psicoanálisis no son triviales o anodinas sino, por el contrario, bastante llamativas. A una persona adicta al alcohol que acuda a una consulta ordinaria se le darán explicaciones simples y un tratamiento en el que participará en gran medida gracias a su propia voluntad. Si acude a un psicoanalista, oirá posiblemente que el origen de su problema está en un lejano conflicto de la infancia, que una vez superado hará desaparecer su alcoholismo. El segundo método es mucho más atractivo que el primero y, además, en la mayoría de los casos, tendrá como consecuencia que el paciente podrá seguir

bebiendo.

A todos nos gusta sentirnos especiales, pensar que nuestro comportamiento se debe a razones profundas y que el mundo está regido por intenciones ocultas. Cualquier novela o película que incluya estos elementos suele tener éxito. Parece que el psicoanálisis no lo ha tenido menos. Freud construyó una especie de religión laica para los nuevos tiempos y un mito del que, como predecía Ludwig Wittgenstein ya en la primera mitad del siglo XX, nos será muy difícil desembarazarnos: el mito del diván.

Para leer más

Dolnick, Edward, *La locura en el diván: culpando a la víctima durante el apogeo del psicoanálisis*, La Liebre de Marzo, Barcelona, 2003. El autor de este libro es un divulgador científico y en él hace una crítica del psicoanálisis especialmente en su dimensión terapéutica. El lector interesado en saber más sobre los abusos cometidos por el psicoanálisis en el ámbito de la explicación de la enfermedad mental y en la forma como se ha utilizado para culpar a las madres y a las familias de dichos trastornos puede encontrar una buena referencia en este libro.

Eysenck, Hans Jürgen, *Decadencia y caída del imperio freudiano*, Nuevo Arte Thor, Barcelona, 1988. El autor es uno de los más relevantes en la historia de la psicología de la personalidad. Eysenck escribió varios trabajos de crítica al psicoanálisis, entre ellos este libro, que recoge algunos aspectos de la biografía de Freud y un análisis de la limitada capacidad terapéutica del psicoanálisis y de la inadecuación de la teoría freudiana del desarrollo, la interpretación de los sueños y la historia. El libro ofrece asimismo datos de investigación científica sobre conceptos freudianos. Puede consultarse una versión *on line* en:

www.laeditorialvirtual.com.ar/Pages/Eysenck/EysenckFreud_01.htm.

Freud, Sigmund, *Introducción al psicoanálisis*, Alianza, Madrid, 2007. El lector poco familiarizado con la teoría freudiana puede leer este librito que resume sus conceptos más importantes, en palabras de su propio creador: la teoría sobre los actos fallidos, los sueños y el sexo, así como la etiología de la angustia y la histeria.

Rillaer, Jacques van, *Las ilusiones del psicoanálisis*, Ariel, Barcelona, 1985. Algunos de los críticos más fervientes del psicoanálisis son quienes en otro tiempo fueron psicoanalistas. Es el caso del autor de este libro, que ofrece un análisis crítico de sus presupuestos. El lector interesado puede utilizar este libro para ampliar sus conocimientos sobre las limitaciones científicas del psicoanálisis y de sus prácticas terapéuticas.

Santamaría, Carlos, *Historia de la psicología: el nacimiento de una ciencia*, Ariel, Barcelona, 2001. En este resumen de la historia de la psicología científica se revisan los principales puntos de vista anteriores y posteriores a Freud y se dedica también un capítulo al psicoanálisis desde un punto de vista bastante crítico, como no podía ser de otra forma ya que su autor es uno de los autores del presente libro.

Sokal, Alan, y Jean Bricmont, *Imposturas intelectuales*, Paidós, Barcelona, 1999.

Este libro es una brillante crítica general al relativismo posmoderno y trata de las inexactitudes en el uso de la terminología científica y otros asuntos referentes a intelectuales próximos al psicoanálisis, en particular Jacques Lacan. Resulta interesante también consultar la página personal de Sokal:

www.physics.nyu.edu/faculty/sokal/index.html.

<http://socialecology.uci.edu/faculty/elofius>. La página personal (en inglés) de Elizabeth E. Loftus, profesora de la Universidad de Stanford, proporciona numerosos enlaces a trabajos de su equipo de investigación. Entre ellos pueden encontrarse informes científicos y divulgativos sobre los falsos recuerdos, donde se analizan, entre otras cosas, hallazgos que ponen en tela de juicio la teoría psicoanalítica de la memoria.

Entrevista con los autores

**Fuente: *El Escéptico Digital*
<http://digital.el-esceptico.org>**

¿Cómo surge la idea de publicar un libro dedicado al psicoanálisis?

La verdad es que en los círculos académicos de la psicología científica, el debate sobre el psicoanálisis está algo obsoleto. Todo el mundo sabe hoy en día que el psicoanálisis no es una teoría científica de la mente, ni un método riguroso o eficaz para el tratamiento de los trastornos psicológicos. Sin embargo, es sorprendente el éxito que sigue teniendo el psicoanálisis en otros ámbitos académicos, y también lo es su tremendo arraigo popular. Nos sorprendió ver la gran cantidad de personas que se dedican profesionalmente al psicoanálisis incluso en un país como España, que no es de los más proclives a este tipo de perspectivas. Nos pareció que no debíamos seguir haciendo como la mayor parte de los psicólogos: mirar hacia otro lado o esbozar una leve sonrisa cuando nos hablan de psicoanálisis. Era necesario explicar de forma clara y respetuosa lo que la mayoría de nosotros pensamos.

Es bastante habitual confundir la Psicología con la Psiquiatría y ésta a su vez con el Psicoanálisis ¿a qué se debe?

Bueno, las tres comparten el interés por los trastornos mentales. Las diferencias específicas sobre la forma de abordarlos desde la psiquiatría y la psicología serían largas de explicar. Con respecto al psicoanálisis, la diferencia fundamental es que este último no lleva a cabo una contrastación rigurosa de sus tratamientos. Por otra parte, ya que no existe una titulación universitaria de “psicoanalista” es frecuente, aunque no siempre sea así, que los que se dedican a esta disciplina tengan titulación de psicólogo o psiquiatra. Este hecho también puede ser una de las causas de la confusión.

¿Cuál fue el papel de Sigmund Freud en la aparición del psicoanálisis?

No hay duda en considerar a Freud el fundador del psicoanálisis. No fue un innovador en la idea de que los problemas mentales podían tratarse como enfermedades, pero no cabe duda de que impulsó como ningún otro este tipo de concepción, que rompía con muchos tabúes e ideas de orden religioso o sobrenatural. También fue importante la forma en que hizo énfasis en la importancia de variables psicológicas como las experiencias infantiles para explicar los problemas del adulto. Lamentablemente las explicaciones en sí eran en gran parte erróneas; y lo que es más sorprendente, los psicoanalistas actuales se empeñan en aferrarse a ellas.

¿A qué se debe la popularidad de esta pseudoterapia? ¿Por qué este, como tantos otros mitos, se resiste a morir?

El psicoanálisis es divertido. A todos nos gusta pensar que nuestro comportamiento es fruto de intrincados procesos ocultos. Las explicaciones de la psicología científica resultan a veces sosas por su sencillez. Todos sabemos que en ciencia son preferibles las explicaciones más simples, pero también a todos nos gustaría que nuestra mente fuera una caja de sorpresas. Como es natural también hay razones económicas evidentes.

¿Hay algo de verdad o de científico en el psicoanálisis?

Es difícil escribir tantas páginas como escribió Freud sin decir algo cierto. Pero éste no era, desde luego, el mayor compromiso del padre del psicoanálisis. Muchas de sus afirmaciones son verdaderas y hasta evidentes. Pero como dijo, hace ya muchos años, el profesor Hans Eysenck, las que son realmente novedosas son falsas o indemostrables. La falta de compromiso con la comprobación y la veracidad es precisamente lo que excluye al psicoanálisis del conjunto de las disciplinas científicas.

Recientemente, se ha sabido que una asociación de psicoanalistas navarros se ha quejado a Laetoli, a cuenta de la publicación de este libro ¿Qué les parece que ya aparezcan presuntos "damnificados" del mismo?

La queja no se dirige a los contenidos del libro. De hecho, éste ni siquiera había aparecido cuando se publicó aquella carta al director del Diario de Navarra. Se quejaban de la crítica en sí; de que alguien les criticara: muy típico de la pseudociencia. Esperamos más críticas de este tipo, y muy pocas centradas en los argumentos que contiene el libro.

Para terminar ¿qué le dirían a aquellas personas que les están leyendo para animarles a leer su libro?

El público no especializado puede pensar que los conceptos más populares del psicoanálisis, como el Complejo de Edipo o la Represión están demostrados científicamente. En el libro desarrollamos argumentos y aportamos datos contrarios a esta concepción. Algunos de estos datos provienen de la investigación más reciente en el campo de la psicología y la neurociencia. A diferencia de los conceptos del psicoanálisis, cualquiera puede comprobar nuestras afirmaciones. A pesar de estar expuestas de una manera simple y sin recurrir a la jerga científica, tienen su base en la investigación experimental rigurosa. Esto hace también que el libro resulte útil para personas con conocimientos más avanzados en la materia.